

PUNTO DE PARTIDA

Enero-abril, 1971

Año IV, número 23-24

Revista bimestral

Dirección: Eugenia Revueltas

Jefe de redacción: Luz María Hidalgo

Correspondencia, colaboraciones, canje y suscripciones: Difusión Cultural 10º Piso, Torre de la Rectoría, UNAM. México, D. F., precio del ejemplar en la República Mexicana: \$3.00, moneda nacional. Suscripciones por seis números en la República Mexicana: \$15.00, moneda nacional. Números atrasados: \$5.00, moneda nacional.

Las colaboraciones deben entregarse escritas a máquina a doble espacio y con una copia, en las oficinas de Difusión Cultural, Rectoría 10º Piso, de lunes a viernes de 10 a 13 horas. La maestra Eugenia Revueltas recibe los martes, jueves y viernes de 11 a 14 horas.

Sumario

Poesía

El girasol	5	Ricardo Yáñez López
A una Elva siempre impuntual	10	Gerardo Velázquez
A plena luz	25	Alfonso Alba
En el agua de los caracolillos	33	Virgilio Enamorado
Recordatorio para ciegos	50	Marco Muñoz Velasco
Poemas	66	Ma. del Carmen Merodio Tamés
Coloquios con la soledad	71	Luis de Tavira
Nostalgias del país lejano	97	Miguel Angel Flores
Estación Juanacatlán	98	José de Jesús Sampedro
Semilla y esperanza	108	Irma Judith Lorentzen

Cuento

El aprendiz	114	L. Rojo
El teniente no ha muerto	116	Ricardo G. Clark
Nodrizza espacial	121	Luis Rodríguez
Después del juego	125	José Joaquín Blanco
El último tren a San Francisco	133	Evodio Escalante Betancourt

Viñetas

Agustín Martínez Sálines
Arturo Pastrana
Mario

Portada

Agustín Sálines



En este número se presentan los trabajos premiados en el IV Concurso de *Cuento y Poesía*, trabajos que son una prueba de las inquietudes juveniles, tanto formales como temáticas, en el campo de la creación literaria.

En los cuentos, premiados o no, se advierte un marcado interés por temas como la libertad individual y la enajenación, los problemas sociopolíticos, la ciudad como personaje literario y las incursiones en la ciencia-ficción, al mismo tiempo es posible constatar un creciente abandono del tema rural.

Formalmente intentan nuevas formas expresivas que les permiten comunicar su compleja y en ocasiones abigarrada aprehensión del mundo.

En el campo de la poesía los trabajos alcanzaron un alto nivel poético y muestran un decidido afán por una renovación en el lenguaje.

Creemos pues, que a través de estos concursos, que año con año se incrementan, la revista *Punto de Partida* cumple su cometido de canalizadora y catalizadora de las inquietudes creadoras de los jóvenes.

Eugenia Revueltas

Ricardo Yáñez López / Facultad de Filosofía y Letras, Guadalajara, Jalisco

CUADERNO

I
Nada,
es
una
avispa
morada
que
se
ha
insertado
en
tu
corazón:

Dios.

II
Sobre las mesas cuadriculadas,
la gente pone sus codos, sus tazas,
inclina la mirada. . .

Y a veces, allí, de pronto
Dios se posesiona de alguno de ellos.

III
Las tuercas giraban con minuciosidad
y el aparato se desarmaba.
Curiosamente, nadie hacía caso.
El aparato decía *soy Dios*.
(Y sí era).

IV
En el zumo de una lima, al morderla,
o al tocar unos brazos de mujer,
en el encuentro de un infinito de construcciones al alargar
la vista
y en el ritmo bestial, primigenio, del mar,
encontramos, siempre, la imagen de nuestro dios.

Un dios que nos sonríe y nos destruye
en el alargamiento de su sonrisa,
que nos desintegra
al golpe de sus carcajadas.

Mientras nosotros no hacemos
sino cantar sus alabanzas,
esos hermosos cantos en los que nuestra lengua se disuelve
y es esencia de pájaros,
esos hermosos cantos que él mismo depositó ternurosamente en
nuestros labios,
en todos nosotros,
en sus queridos hijos.

V

Qué no daríamos nosotros
por destruir una vez nuestra máquina amada,
esta gris ciudad.
Por descongestionarnos; tal vez con bomba atómica,
qué importa.
Qué por aquellos tiempos en que simplemente paseábamos
y el cielo se intensaba en nuestros corazones
al descubrir una flor, una piedrecilla.

VI

Hoy caminé por calles, por distintas calles
de por las que acostumbro caminar.
Y pude mirar gentes, distintas gentes.
Y en sus actos había algo de pregunta y de respuesta:
algo así como un infinito incautado y restituido,
incautado en la pregunta y restituido, afirmado, en ella misma.
Eran gente como toda, como la que suele habitar este planeta.

VII

Los novios se besan en las escalinatas de los templos,
caminan por las calles con sus cuerpos muy juntos, diríase
desnudos, casi.

Se les adivina por un ligero temblor, cuando pasan cerca a
nosotros;
y es como si una invisible ráfaga de luz se adentrara en nuestros
cuerpos.

Cuando los novios se aman, el mundo es otra vez ciervos y flores.

VIII

En la azul sombra de un árbol del paraíso
tú y yo haciéndonos el amor, pensamos.

Y seguramente los pájaros sacudirían la claridad azul, allá,
a lo alto; levemente.

Y las bestias se andarían con cuidado, sólo mirándose
significativamente, para no molestarnos.

Y seguramente habría música,
y dios en una nube, ah y ovejas.
La gran broma.

I

IX

La tarde no era más que un cordero azul apenas degollado.
Por una última vez, pudo entreabrir los párpados e iluminarnos;
y luego se cerró sobre sí mismo.

I

X

En la ciudad, al centro de la estrellada noche,
hay un hombre que piensa que esto bien podría no ser así:
que la lluvia no es lluvia, ni los pájaros pájaros, ni los
aviones, aviones.

ni la gente gente, ni los jaguares jaguares,
ni la jungla jungla, ni el mar mar, ni los pantanos pantanos,
ni los peces peces, ni las naves naves, ni las noches noches, ni
las estrellas estrellas, ni las nubes nubes, ni
“en la ciudad, al centro de la estrellada noche. . .”

I

XI

Porque tú y yo reunimos para hoy el infinito en nuestros cuerpos
y porque, de sólo nuestro abrazo, una flor como estrella crecía
entre las galaxias,
porque de nuestro beso dios se bebió a sí mismo.

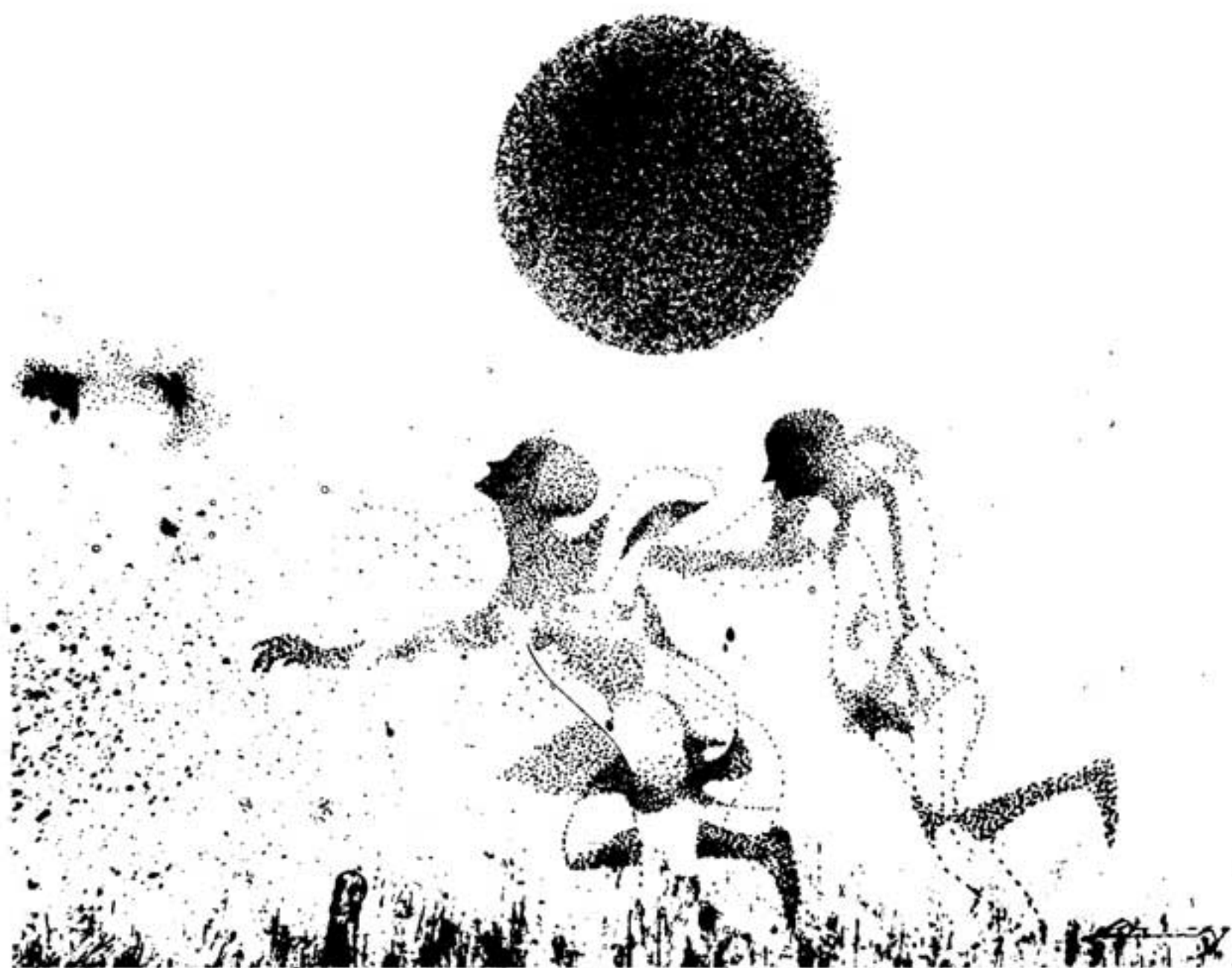
I

XII

Todas las cosas somos cosas que este ciervo recuerda,
los árboles, los seres, las mangostas,
las diez galaxias y varios firmamentos,
y cinco o seis estrellas, que las demás ya se le han olvidado
(mas te recuerda a ti y eso es lo importante).

XIII

Mientras la muerte nos pudre beso a beso,
nosotros pensamos en manzanos y pájaros.



La distancia entre Dios y el hombre
¿sigue siendo la misma?

Mientras la muerte nos pudre beso a beso,
nosotros pensamos en ríos y patos.

Mientras la muerte nos pudre beso a beso,
nosotros pensamos en ciudades y en amadas.

Mientras la muerte nos pudre beso a beso,
nosotros pensamos en atrios y en nogales.

Mientras la muerte nos pudre beso a beso,
nosotros pensamos en submarinos.

Mientras la muerte no pudre beso a beso,
nosotros, a veces, pensamos en nosotros, en la muerte, en dios.

XIV

El sol crea nuevamente las cosas, hace vivirlas de nuevo.

Ese pájaro, allá entre lo verde, es tocado y vive;
y esa flor, tan cercana a tus pies, es de nuevo flor.

Tú misma, ahora me sonríes y hay una extraña luz que resbala
entre tus dientes
y parecen pequeños guijarros bajo un delgado cauce de luz.

XV

A veces una voz,
dos o tres palabras sin objeto,
se acomodan a nuestra alma
como si para siempre.

Y es cual si desnudeces se juntaran
y el infinito, como un manzano, crece de entre los dos.

XVI

Reía como quien todo lo sabe.
Vivía como una flor.
Su corazón era un delgado polen.
Dios era un colibrí y le visitaba.
Por las noches se arrullaba con el crepitar de las estrellas
—y era como un manojo de cardos estallando blandamente
en la honda llama azul del blando viento, como un manojo
de crisálidas crujiendo lentamente hasta quedar vacías.
Era un alma de Dios, era San Juan.

XVII

Algún día descubriré si de verdad hacía poemas
Ricardo Yáñez o si nada más
pendejeaba.
Hablando de la Eternidad y de Dios
ya se daba por hecho. Pobre güey.
Pero eso no es lo importante:
lo importante es el hombre, deveras.
Me cai si no.

XVIII

Asomados a diario al infinito de todos los días,
nuestros ojos se asombran.
Miran al hombre y a la mujer
idesligables de su contorno.
Miran al hombre que escribe,
como si así aumentara el infinito.
Miran a la mujer que habla
agregando su sonido al silencio de los pájaros.
Miran a un Cristo crucificado
y a un Buda sentado.

TRES FLORES

FLOR I

Es posible respirar a dios en esta flor.

Toda la historia se concentra en ella,
es su medio, su fin y su principio.

Por esta flor es que el mar remueve eternamente las arenas
y que la gente reza, come, ama, defeca y muere.

FLOR II

He cortado esta flor.

Esta flor ¿vive más aquí que en su vida?

Esta flor es poco fría y amarilla (muy):
como el sol-vuelto-luna-vuelto-flor.

Esta flor ocupa un lugar en dios.

Dios se cuartearía,
se descuartizaría feamente
si nosotros pudiéramos deshojar esta flor.

FLOR III

Hay flores que ordenan el universo.

VINO, PAJAROS Y VINO

I

Porque los muertos están muertos,
nosotros tomamos vino.

Y porque los vivos están vivos,
nosotros tomamos vino.

Y porque tú y yo nunca quizá podamos amarnos,
nosotros tomamos vino.

II

Los pájaros mensajeros de Dios
aparecen detrás de cada puerta o libro o mujer que abro.

III

—¿Por qué no comes carne?

—Porque los pájaros más obviamente carnívoros
son bastante feos. ¿No te habías dado cuenta?

—¿Y tú eres un pájaro?

—Pi.

IV

La máquina de escribir

¿empuja mis manos?

No, mis manos son movidas desde lo alto.

Por la fuerza de los planetas es que nuestra sangre corre.

Pero sin ti yo no escribiría nada.

Me cai.

Solos los pájaros saben la verdad de las cosas.

V

Solos los pájaros habitan la verdad de las cosas,
solos los pájaros habitan la verdad.

Por eso tomamos vino.

VI

El girasol giraba
y movía a Dios.

Gerardo Velázquez / Escuela Superior de Ingeniería Química IPN

Para Janis Joplin Jimi Hendrix

Ayerhoy: I

De pronto ayer,
me nacieron las ganas de correr bajo la lluvia
y formar un charco, un sol, o un sonido,
donde el césped vegeta pensativo

seco
amarillo.

Con el ánimo de pie
y las flechas hacia todas partes,
le lancé el gozo del fondo de mi cuerpo;
te ofrezco mis disculpas porque,
herí también tus gracias

un árbol
una fuente.

(Hoy no)

Ayer,

— ¿recuerdas mediodía? —

con un trébol somnoliento

perseguí una madeja de palabras: hice un poema.

Pobre poema, lo escribí sobre un lecho de cantera,

rosa y verde tres hojas

verde y rosa una hoja.

(Hoy no, tierra,
me duelen las ganas de pisarte un poco,
descansa)

En un rincón de ayer

llovieron vida mis años veintiuno

y planté una flor bajo un nido de luces.

(Descansa amiga,
otro día caminaremos juntos)

|

Primeros brotes: II

Hacedora,

despacio y con cuidado

me fuiste rociando

con tus nubes atentas;

sucedió,

como si llovieran hojas

sobre el árido otoño

de todos los años.

Escultora de la paciencia,

con verde quemado

cincelaste tu imagen

en la reseca piel de mi cuerpo,
y en un principio,
no sé por qué
me sentí niño,
me sentí asustado,
y lloré;
ahora soy,
remanso de río
que descansa en un cauce de carrizo.

En ratos,
por entre mi tatuaje de persiana
se cuelan el aire y el agua,
y en ratos
me refrescan,
me dan ráfagas de vida,
gracias.
Hacedora,
todos los días
me cobijo con tu noche,
y me descanso
y me duermo satisfecho.

A una siempre Elva impuntual: III

Está por llegar
y la espero,
impaciente,
en este nervioso tapete de bienvenida.

Y en ese todo ahí,
de alrededor infinito,
el mediodía de las doce y cuarto
se sienta sin preocupaciones
sobre una calzada de palmeras secas,
aburridas.

Sí,
ya va siendo el momento
de agredir todas las bocas
con un categórico sí entusiasmado;
sí,
porque la invitaré un mil de veces
a cegar sus ojos de distancia
y adormilarse un poco
a la sombra de mi sueño.

Despierta,
están tocando a besos
en la puerta de tu boca.

Con delgadas hojas de nada
subiremos juntos
a nuestra pirámide inmensamente alta,
y mudos,

por el camino nos abandonaron las conversaciones)
entre los filos de una cúspide imprecisa,
nos hartaremos.

No me lo digas,
las imágenes se están cayendo
de las torres de la iglesia de enfrente,
míralas,
también del suelo se caen
y de más abajo;
se están cayendo de recuerdos,
lo sé,
y me preocupan.
Acércate y escucha este corazón:
les reza en silencio.
¡En verdad, lo siento!
No puede rezar a gritos.

Acompáñame un rato,
detente,
pinche nube vagabunda.

Siempre termino arropado
con el rebelde vuelo
de tu pelo;
cómo te quiero
y te quiero,
castaño pájaro tonto
partido en dos mitades inseguras.

¡Pobres manos mías!
Se van quedando invisibles
y no dejan de tocarte;
en rigor,
eres un ruboroso castillo
asaltado por mis tropas de dedos
y de uñas
y de ganas.
Perdóname
este abuso,
esta terquedad,
esta mi mala manera de tratarte.
Perdóname,
porque soy un descarado reincidente
imperdonable.

Apareces,
y torpes
e infantiles
y alegres,
empiezan a chapotear mis miradas
en el charco
de tus ojos.

¡Basta!

Ruidosos viandantes,
por esta vez
les exijo dos horas
de absoluto silencio,
la risueña impuntual
ya está llegando
y llegando.

Al parejo de mi amor, lujuria: IV

Muy de mañana me levanté
sin palabras,
para contemplar
tu desnudez dormida;
encontré, señora mía,
que estás dibujada
sobre una cuadrícula de calles de cantera.

Encontré,
que eres una ciudad
de mediana estatura,
salpicada
ya de panoramas,
ya de Lamadrices,
ya de Portales Ipiña.

En el centro,
—porque tienes una plaza de armas
donde convergen tus sentimientos—
hay un kiosco,
un Palacio de Gobierno,
y en el costado Este
tus dos religiosas torres,
la una rosada en claro,
la otra rosada en oscuro,,
platican
almidonadamente
con las cenizas del cielo.

Cada no sé cuando,
tu abundante pelo de agua
se enmaraña
y se desenmaraña
sobre el blanco mate
de la sábana arrugada;
¡qué le vamos a hacer! ,
nada más por tu vanidoso gusto
la Caja del Agua
se quedó sin agua.

Con rigurosa puntualidad
respiras en verde
un verde fresco de Alameda,

y ahí,
donde el ruido se nos olvida siempre,
eres un empedrado
de luces
y de vidrio.

Por el rumbo de Aranzazú
te recoges en recogimiento,
y sueles orar
con tu nuevo rosario de arcadas
y de balaustradas;
mística de celofán,
algunas tardes, en tu estuche de lujo,
vegetas alegre
en el Café La Lonja:
mas yo te quiero vestida
con tu desnudez de anoche.

La noche estuvo llorando
faroles de mil colores:
no lo entiendo, mi vida,
no lo entiendo.

Desmañado vitrial indiscreto.
quiero jugar el juego
de las explicaciones:
¡Pero ya!

¿Por dónde está entrando
tanto silencio?

Vamos perezosa,
despiértate y mira,
allá a lo lejos
tu encaje de carne
se acurruca en Villerías;
sin embargo,
no te vendrían mal unas bancas,
—exclusivamente para besarnos—
como esas que hay
en la Plaza de los Fundadores.

Aún duermes
mi Bella Durmiente,
y creo que me alcanza mi fiebre
como para contarte
otro sueño
medio colorado.

San Luis Potosí S.L.P. Enero de 1971

Primeros tres versos para tener un descanso: V
(Triángulo)

Me golpeó el viento
porque de la mano
paseaba con su tarde.

Segundos tres versos para tener un descanso: VI

(Zona Roja)

La calle me está guiñando
una indiferencia pintada
de un subido color de rojo obscuro.

Terceros tres versos para tener un descanso: VII

(El Pintor)

. . .y embebido me agarró la mañana
dibujando aquel paisaje
con pedacitos de aire.



[illegible]

Desnudos de noche: VIII

En esta vieja tarde y travieso

un canario de luces
se viene resbalando
desde el horizonte;

y en un como si nada, nos envuelve,
nos da las buenas noches,
y se va a a a a a
dejándonos atónitos.

Por
el
camino
más
largo,
regresamos.

Yo terminé,
pequeño charco de miel,
por meterme en tus desnudos ojos.

Tengo miedo,
en este día,
me crecen muy lento
tus recuerdos.

Arbusto salpicado
de pecas diminutas,
a cada rato,
subo las escaleras
de tu habitada casa y
platicamos;
ahora,
en esta pobrecilla soledad tan sola,
nos conformamos con solo caminarla y
caminarla,
hasta que solita, solita,
la noche se oscurece
con sólo caminarla

Con frecuencia,
por la calle del antes,
te recordaba
toda.

Recuestas,
en un mullido barandal de no sé dónde
toda tu transparencia de estatua,
y mides,
muy despacio,
todo lo lejos del suelo;
estás,
como queriendo disolver tus nervios
en el color tranquilo del mosaico.
Señora de paja,
ya vuelven en ti los aires,

ya vuelven a desparramarte
por los alrededores;
de todas las partes
desciendes,
sin hacer ruido,
sin molestar a nadie,
como una lluvia amarilla;
bien cargado de paciencia
rejunté todas tus pajas,
y dócil, completamente dócil,
te modelaste en mis manos.
Conocida mía,
casi siempre
corres desnuda
sobre las palabras;
pero en esta noche friolenta,
te has desbocado
sobre un sin fin de círculos y de remolinos.
De nosotros nació una laguna
de agua revue a
g a rev elta
g agua revuelta,
que se fue aclarando, aclarando, aclarando.

Ayer en la noche
entró en mi cuarto
una mariposa blanca
con rayitas rojas.
Estaba medio pequeña,
medio tonta;
pero
voló un buen rato
por mi cuerpo desnudo.

Contando los pasos,
—al fin y al cabo
seguros servidores del amor—
bajamos de nuestro balcón
a los balcones de abajo,
y ahí, señora mía,
después de meditarlo mucho,
bienvestidos,
bienpeinados,
nos bañamos en el amigo bullicio.

En estos últimos días,
me han disminuido
las ganas de entretenerme
con los mismos pasatiempos:
ya no me saben igual.

Todo este día,
descansé mi aburrimiento
sobre una cama desvencijada,

y lo desvencijado
y la almohada
y las cobijas
lo aburrieron más;
ahorita se quedó dormido
pero mañana por la mañana
lo sacaré a dar una vuelta
para que se desaburra un poco.

Nuestro último domingo lo pasamos en el Palacio de las Artesanías. Llevabas un vestido de carne, a rayas y más rayas cafés. Casi a la entrada y sin ningún preámbulo navegaste en una carabela de cristal, y yo me quedé en la orilla, esperando tu regreso entre bolsas de petate, sombreros de papel, y collares: muchos collares de paciencia y jade. En la sala de los presos te veías muy contenta mirando despacio, aquellas carretas tan grandes, tan bonitas, tan bien hechas. En cada sala había por lo menos una pintura, una escultura, o un motivo digno de mencionarse; pero a cada discurso explicativo me hiciste menos caso. Entonces, por caminos diferentes comenzamos a mirar las cosas de nuestro agrado. Y mientras tu dabas dos pasos, yo daba apenas uno. Cuando te busqué, te habías largado muy lejos. Aquel domingo, llevabas un vestido de carne, a rayas y más rayas cafés: era una cárcel que tenías bien escondida.

Así,
de la manera más tonta,
nos enojamos,
como en esos pinches cuentos
de color de rosa.

Hace mucho tiempo
—cómo pasa el tiempo—
jugamos cariñosos
sobre un juego de palabras:
tú corrías desnuda
y
en aquella vieja tarde y travieso
un canario de luces
se vino resbalando
desde el horizonte.

Busco un momento para decir poesía, mas sólo encuentro el callado semblante de tus horas: IX

Cuando se aleja el olor de la prisa
casi no quiero voltear a las alturas,

porque siempre estás ahí,
hundiendo mis hombros con tu cielo
y acordándote de mandar la noche
para traerme el habla y decir
cómo has estado.

Ahora callas, sol,
tejes tu risa amarilla por mi cuerpo;
sello dorado proyectando sombras
por el paisaje de cabellos largos
negros,
o cortos
blancos,
o no lo sé.

Desde hace tiempo
te vas
en la caja de los muertos,
te vas
confundiéndote en sus edades;
algunas veces, niño,
señor
señora
niña,
te confundes
me confundes,
pero reconozco esas maneras tuyas
de mover las manos hacia alguna parte:
se detienen,
las recuerdo,
saludan,
las recuerdo,
y se van a pausas
como el velo de los años,
envueltas de oraciones
y de flores amarillas.

Por las tardes,
ausencia,
en tu jardín
en nuestro jardín,
me pongo a leer tus libros arrumbados,
viejos de polvo,
me empolvan la lectura
y me río.

En ese lugar donde se sabe respirar tranquilo,
nos reímos,
nos miramos un poco
y nos perdemos en nosotros mismos.

¿Con un demonio!
¿Dónde estás?
¿Por qué no vienes a decir
presente?



Regresa,
desciende,
sol de ausencia,
ven.

¿No te comunica nada
esta pared de deseos de verte?

Es ancha
y grande
como tus alturas.

Me dan dolor las cosas inútiles
y no me agunto;
a veces, las nubes también lloran. . .

En mis manos se detiene el viento de Febrero,
ese viento de Febrero
de cabellos revueltos
de cabellos resecos
de cabellos amables;
saluda
me acaricia
nos saludamos,
me acompaña
hacemos el amor
nos acompañamos.
Me quedé solo
—le digo—.
Nos quedamos solos
—decimos—.

Y en ese carruaje de soledad y transparencia,
empezamos a caminar
aprisa,
descuidadamente,
por esa avenida de escritura seca
y de palabras.

para Elva e Inés Grunstein

y
Malena Zárate

Respirando otra atmósfera: X

¿Pasa algo?
Todo el mundo pregunta
la hora.

DIECISIETE MINUTOS:

Luces y bullicio
a mi derecha
olor a tranquilidad
a mi izquierda

deambulo en el centro
en línea recta
y sin mirar atrás.

ONCE MINUTOS:

Un goterío
por el viento disminuido
empaña cristal mis
el de anteojos.

NUEVE MINUTOS:

Trinos de espera
entretejen responsos bajo la penumbra
arriba
adentro
abajo muy adentro
siempre del lado tranquilo.

CINCO MINUTOS:

Carrereos de búsqueda en los rostros
vienen con andar cansado
preguntan
mi voz la modula el ambiente
árido
gris
frío

en constante descenso
de hoy
mañana
siempre.

DOS MINUTOS

PARA LAS SEIS DE LA TARDE:

respondo
al gentío
ávido de respuestas.

MINUTO CERO:

Entre las décimas
de mi último segundo
miles de dudas
martillean en mi cerebro.

Pregunto.

Nadie contesta.

Y mi paso
mi lento paso
se hunde en un bosque
de añejos ahuehuetes.

Y tiempo

el corre.

¿Aprisa? ¿Despacio?

No lo sé.

Nunca lo supe.

Ahora respiro nueva atmósfera
de callada quietud.

Alfonso Alba / Escuela Superior de Ingeniería Mecánica y Eléctrica / del IPN

POEMAS

Líneas para una tinta

Interferencias

La habitación está vacía y fría

Fundamentalmente ignoro

Inmersión

La ciudad es una nave abandonada

Quiero beberme la tarde

fundamentalmente ignoro

la ruta del sol

el color del silencio

y las tendencias del viento

quien con un beso

embarazó a la luna

y cuál es el sabor

de la boca del mar

y sobretodo

de qué fruto

como un gajo de luz

se desprendió el día

I look inside myself and
see my heart is black.

R.S

quiero beberme la tarde de un sorbo

con todo y sus anaranjados colores

luego eructar las horas desperdiciadas

y violentamente de un solo golpe

mirar hacia adentro para quedarme ciego

por siempre

viendo un solo color

la luz

INTERFERENCIAS

I

eterna aldea

amenazada por la luz
manantial de sombras

araña reina

pronfunda tumba
en negro mármol esculpida

el viento
se atasca con el polvo
y engendra seres
de cristal molido

yo maldigo
y acaricio
a la fina lluvia
derramada en las llanuras
de tu espalda

a la oruga ausente
que devora la carnosidad
de mis entrañas

o
a la desertora estampida
de haces lumínicos ya extintos

desteñida herida
grava entumecida

frágil armazón
de gélidas imágenes
desde donde
irremediablemente
desciendo
lento viaje
una y otra vez
hasta

tus húmedos hombros
construidos
de paja y arena

II

pálido generador
de amarilla tristeza
luminosa sangría estacionaria
fogata exagerada
el sol
en realidad
no tiene importancia

III

eres fresca pared
de hueco fruto
donde hundo
como el barro
mis manos asediadas

eres
reflejo de llama metálica
que grita
en el vacío

eres
el tiempo perdido
y el ámbar manchón de agosto

la calle deshabitada y sorda
que transito diariamente
y
un copo de llovizna desmedida

eres
sobre todo
lodo sin nombre
lodo del sabor
que se abre
al saltar
la tarde

IV

la noche y el día
están desnudos
se tocan y se besan
encendida comunión color naranja
solamente

en dos puntos
opuestos
oh sagrado momento estático
en que un instante
basta
para hacerse el amor

V

en tu pecho
efervesce una alondra calcinada

un cisne negro
danza
en tu sexo
y mil mariposas blancas
labran
un diáfano nido
en tu
vientre

VI

shhht!
el silencio
se está guardando
un minuto

VII

moribundas
las palabras
se inclinan
sobre tu frente

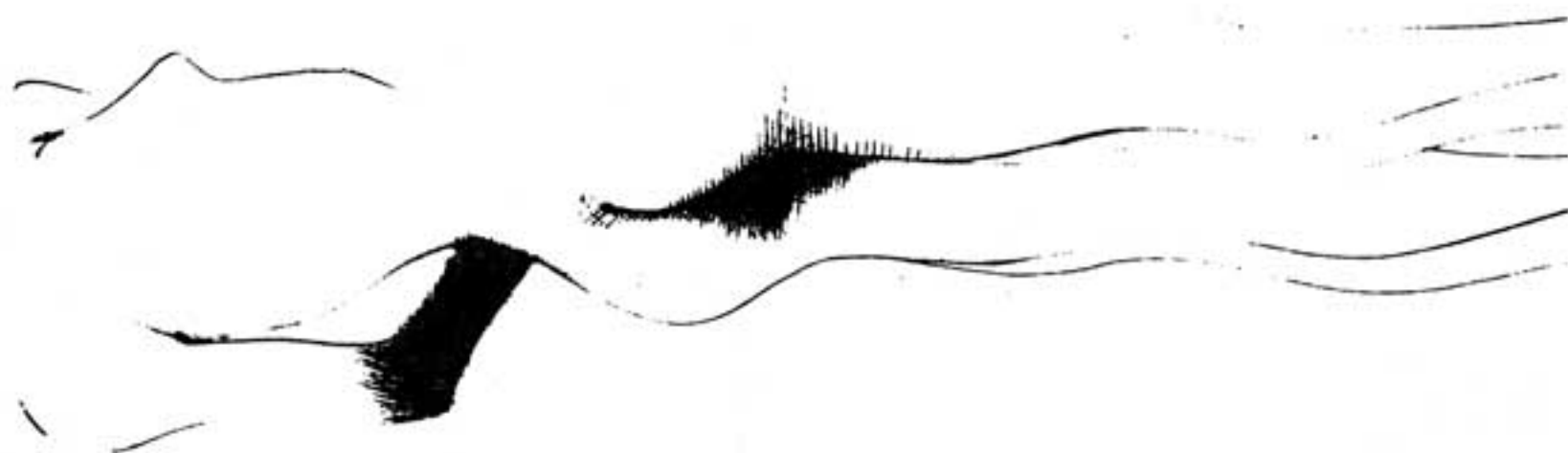
paralítico el reloj
el tiempo no transcurre
la luz es serenidad
tibieza el calor
no fluye el agua
dulce sangre brota del aire
inertes aves yacen sobre el piso

lentamente
los sonidos se ahogan
y
el espacio
se llena
de niebla y ceniza

INMERSION

somos sencillamente el pálido color del viento
dos cuerpos desnudos tendidos en el aire
condenados a germinar sólo en púrpura o arena
a comer piedras escarchadas con pétalos de flores
muertas están todas las horas del tiempo
como un bocado eternamente amargo
como el agua que se sabe amargada
por no poder hacer el amor con el agua

en silencio esperamos que el calor de cualquier momento
explote a lo largo de toda su longitud
en una gran disgregación general del aire y del fuego
para luego descubrir que somos nada más
unos vientres empapados de sudor jadeantes y sucios
en donde nos hemos refugiado diáfana transparentemente
el uno dentro del otro hasta quedarnos tiesos
como las perturbaciones internas del concreto
cálida prisión engendrada para guardarnos
herméticamente
inmersos en la luz



LINEAS PARA UNA TINTA

Ayer como hoy
amanece callado el día
con su plato de soledad
en una mano
y un collar de ciegos ojos
al desdoblar los párpados
de nuestra vigilia;
esparce su rabia
de tibia espuma sofocante
disipada y despiadada
navega que se hunde
en un ascendente mar de segundos
agonizantes,
como herida sangrando
lágrimas de melaza
y de pronto se larga
no sé a dónde
sin darnos siquiera oportunidad
de decir buenos días
lo único que nos deja
es una solitaria bestia
revolcada en nuestro desayuno.
Tiempo ha nos dictaron la sentencia:
transfusión perpetua,
y en cada gota sentimos la necesidad
de otra vida y esto torna urgente
la necesidad
de una nueva muerte.
Hoy atardeciendo el momento
en esta ciudad deshabitada
se nos sigue filtrando
la luz negra por el rostro.
Nos inundaron de oscuridad.
Alguien encarceló
al sol,
violento y rebelde amarillo
que nos asesina con su ausencia,
caracol al infinito
vacío
la ciudad es una nave abandonada
a la mitad de su hundimiento

estoy aquí por estar en alguna parte
busco gente y solo encuentro imitaciones
no soy el mismo de hace un momento
soy el que se quedó en casa
la lluvia es una carcajada sin sentido
una broma de macabro gusto
no sé si comer un poco de tiempo o de silencio
la mesera me dice que ordene
su rostro es el rostro de la soledad
sus manos mis manos y tus manos
su voz un pájaro salido apenas de prisión
le pido café cigarros un poco de granizo
y un espejo construido con el vaho del viento
asiente con beneplácito
yo la visto y la desvisto con la mirada
atravieso su cuerpo sin tocarla
y finalmente la dejo desnuda bajo la pálida
luz que nos rodea
da media vuelta y se aleja quedándose
convertida en estatua de sal
(tu presencia salina mordéndome los labios)
la veo trazar caminos entre las mesas vacías
como una abeja extraviada buscando el panal ajeno
se acerca me sirve y le platico
que ayer te rocié de ocre y terciopelo
y abultados momentos
sonríe no dice nada se inclina
entre sus senos nace un terrible desfiladero
ella es un fruto al rojo blanco
es parte de la luz

ya no existe la ciudad se fue al fondo
de su asfalto

no es real este momento alguien lo imagina
en una noche de insomnio

hago un esfuerzo y le sigo diciendo
que a veces nos encerramos en un copo de tibieza
hasta sentir que el aliento del cansancio nos
brota por todo el cuerpo
su mirada de mujer enciende la tarde
me toma las manos y salimos al centro de una gota
somos dos amantes desconocidos bajo la lluvia
hoy comenzamos a beber la sequedad de las palabras
la habitación vacía y fría
amanece de nuevo en la noche
no es el atardecer negras claridades
es la hora de las mutiladas intenciones
esas fugaces llamaradas de neón

tan densas y necias
que pueden desgarrarse con un simple rasguño

la ciudad se llena de tercos ruidos
de insistentes movimientos
que van y vienen resultando siempre
estáticas sugerencias

la oscuridad
lo conocido por su negra presencia
esa oscuridad que cruza en tibia y delicada
violación las persianas te habita
recorre cada pendiente de tu cuerpo
los separa en dos seres extraños
ardientes dedos amarillos estrechan
tus entrañas con ansia desmedida

sepia soledad
interpuesta entre nuestros cuerpos y ojos
volteados hacia adentro
hacia lo sin límites
las cosas se desvanecen
ácidamente en sus contornos
ya no hay líneas
ni trazos
ni formas de las formas

cubo de espacio sumido en el profundo azul

tus brazos
tendidos hacia abajo
respirando un aire espeso y amargo
no encuentran la luz

Virgilio Enamorado / Facultad de Filosofía y Letras

NADIE TIENE CUERPO HOY

I

Mañana no tendremos que comer
desde ahora lo siento
lo presiento cayendo
gruesamente al fondo de mis pies
el aire lo grita piafando
dictando su marea de hojas secas
y triturar plateado de formas adoradas
golpea en el píloro
en la arena
golpea
golpea
y el cuerpo tiembla

II

Mañana no tendremos que comer
ni amargura
ni la palabra
ni nada en las manos
que se nos mueren de camino

III

En las calles está la noticia
la paloma
el caballo
la última señal
(si buscas con paciencia
encontrarás un intestino
y más allá
una bala detrás de los espejos
creciendo a fondo
para darnos:
en el hombro
en la quijada
en el agua blanca
donde ha muerto una paloma)

IV

Esa niña con muletas se nos parece:
¿adónde irá?
¡qué luz más negra!
lo verde me enrojece
y estas gentes que encontré
hoy
también se me derraman
subiendo la escalera
se me derraman
se me deshojan
y fumo como loco
y hablo
y corro
y no puedo
tú ya no me quieres
tú también me adoras
y las medias lunas de tu risa
me recuerdan Dulcinea
y lo lejano y amarillo
de una estrella

V

Hace frío hoy
mucho-viento
mucho-frío
pero no importa
todo este movimiento en óleos
de cosas embrocadas
encontrarán su playa
encontrarán su aceite
su ropa propia
su árbol
sus quejidos
y su enorme caracol
donde canta una sirena

VI

Pero hoy
nadie tiene cuerpo hoy:
todos estamos a deshoras
detrás de los cristales
debajo de la muerte
en el fondo de un caballo
haciendo gestos
con el bastón
en la espalda de un árbol

VII

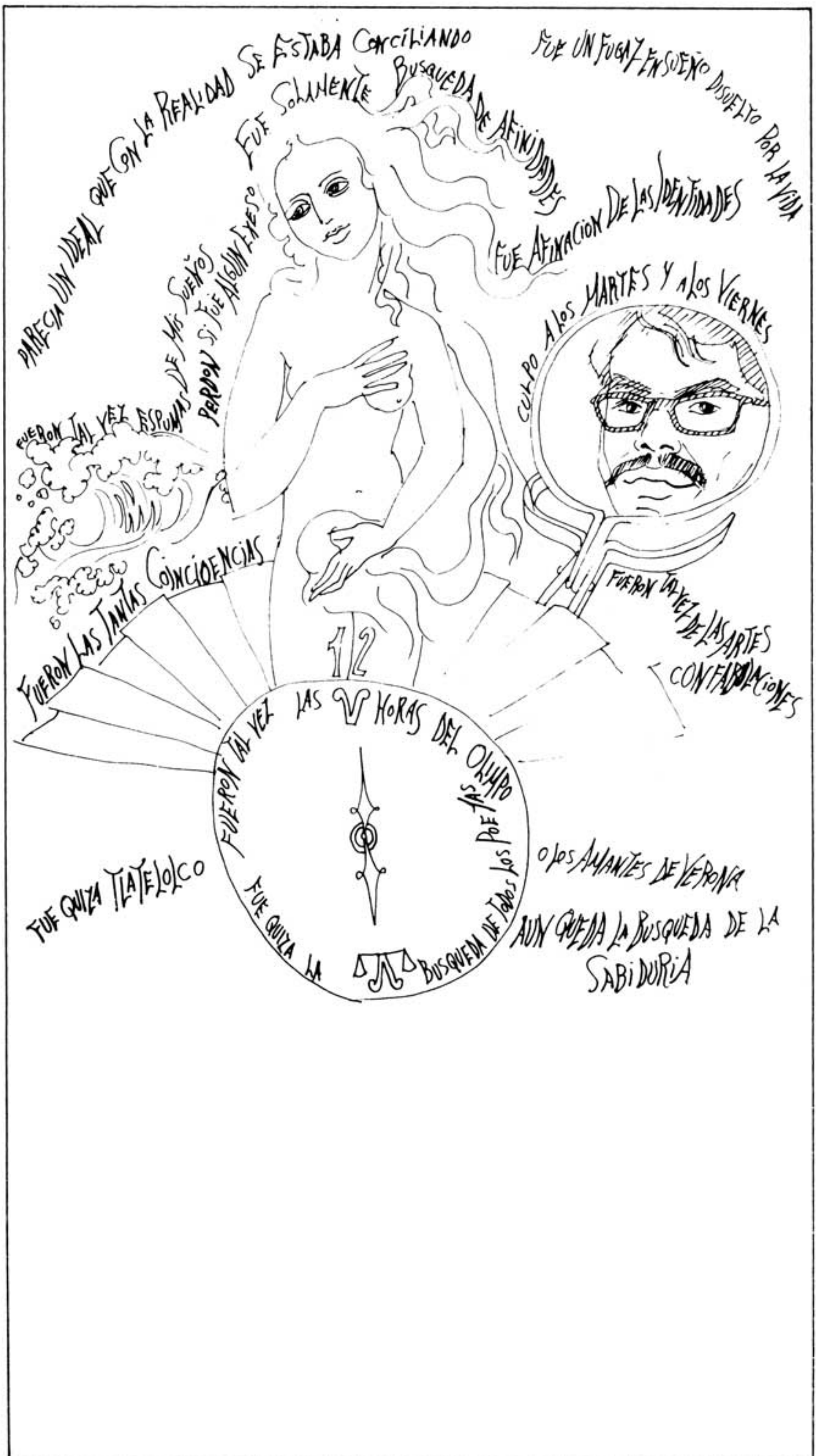
Todos tenemos ocupación
olfato
marea
cinco
seis
pero hoy
nadie tiene cuerpo hoy
y todos estamos marcados
como las reses
como nadie

VIII

Toma estas uvas
es lo único que tengo
y no medites en tu sombra
sé paso y no pie
mesura
y un día serás rico
tendrás un huerto
y un Cristo en cada arroyo
baja
divídete
sé audible
inventa una manera
de multiplicar el pan
pastor
pastorcillo
Darío a la hora 12
opacos minerales
humo
polvo
cortinas

IX

Alguien viene
cierra la puerta
que no entre nadie
aquí ninguno está para escuchar
somos sembradores
gente complicada
judíos de color
batir de lágrimas
cadáveres en vivo
en bruto
en arsenal
en abril y junio



que no entre nadie
¡nadie!
¿me entiendes?

X

Mañana no tendremos pan
y se nos ha muerto
el camello
y estamos en medio del desierto
y se nos ha muerto
el camello
y estamos en medio del desierto.

XI

¿Has visto las serpientes?
el sol de medio-día me cae mal
los escorpiones
también y tampoco
y esta vida perra
bajo cero
con subjetivos
ojeras y caricias
y esta cara
y el arco de su pena
con negros color de gato
y este sol
¡Oh este sol!

XII

Si muero
y la huella de mi cuerpo
se retuerce en la arena
¡que nadie diga nada!

si florece la herida
¡que nadie diga nada!

volveré al amanecer.

PALPITAR O CUALQUIER COSA

Hago señales de humo:
vienen
me invitan:
corremos
nos desnuda el viento
marcamos el tiempo:
lunes a las 10.30
silbamos nuestra trascendencia
hasta que canta el gallo
y después:
es muy importante una vez más:
palpar
hacer la biopsia
entrar de frente
por cualquier agujero
con todo y hombre
acomodarnos
saludar
pensar con un extremo interior:
“mañana no tendremos que comer”
dar vueltas
dar
dar: amor
agradecer el aplauso al público

COMENTAR:

¿pero entiendes lo que te digo?
¿te das cuenta?
es un imbécil
lo abofetearé
“lo abofetearé delante de su mujer y sus hijos
lo abofetearé a las cuatro
(son las dos y media)”: Baudelaire

MIRAR:

tu cuerpo:
debajo de tu cuerpo
gualda
seda
agua

llenarlo de espuma
con el tacto y la tibieza necesaria
conducirlo
y no cansarnos nunca:
de la piedra
de los hospitales

SOÑAR:

Élla se abrió:
ventana-ana.
al fondo.
al centro:
un árbol.
en sus ramas:
pájaros grises
y otros animales
que no entiendo.
en una de ellas:
mi padre:
un bitle de barbas y anteojos:
recita poemas
agitando un sable de madera-era.
al pie del árbol:
un animal muerto:
es una vaca.
Hay una dolorosa turbación en mí:
me siento asesino.
salgo corriendo de
la extraña casa en que estoy.
un estrecho sendero
me conduce al árbol:
exijo a mi padre que baje.
se niega.
insisto.
se niega.
me armo de piedras:
se las arrojo.
le doy en los anteojos.
su rostro sangra.
no dice nada.
tampoco se mueve.
adviento que ha comenzado
a silbar una canción:
es una canción de cuna.
su silbido me irrita.
me enferma.
regreso a la casa:
tirado en el piso:
hay un bulto cubierto
con una manta verde.

lo descubro:
es mi cadáver.
vuelvo el rostro vacío
a la ventana vacía:
llueve-eve.
llueve-eve.

LEER:

Página 5:
Alguien
bajaba
la
escalera
a toda prisa:
tosiendo
rascándose
y de repente me dije:
¿pero qué hago yo afuera?
¿adónde voy?

Página 13:
Llamé a la puerta y abriste:
pero tú no eras
¡no estabas!
te lo juro
¡no estabas!
y de vivir con sombras
me invadió el silencio

Página 14:
¡Ay! pájara
pajarita
te mataré una pájara pinta
¿escuchaste?
siempre hace así
está inflamado:
toca
toca
yo era niño entonces
miraba el ocaso
y se me enloquecía el corazón
el zorzal se desgarraba el pecho
¡era cosa de ver!
de oír
de andar a gatas
sentirse gusano
profundamente
hundido en la tierra
“crisálida frustrada”
palpitar o cualquier otra cosa

Página 19:

. . . al amanecer: (mi bastón se cayó al estanque).
estarás frente a la puerta de mi casa:
toca y espera.
quizá yo esté dormido y no te escuche
vuelve a llamar.
si tardo todavía.
y te aburres
no esperes.
a lo mejor he muerto.
sin avisar a nadie.
y tú no podrás saberlo
porque la puerta está cerrada.

Página 31:

. . . al otro lado del río.
el cielo es muy alto.
las cosas como seres raros.
delicada esencia.
humedad. . .
¡todo eso ahora que me adelgaza el viento!

Página 36:

El humo del verano
empañó unos cristales:
mis cristales.
quizá.
un día.
mientras duerma.
mis aves vuelen.
por mí.
dentro de mí.
hacia mí.
y su canto:
viejo sonido de cristales.
opacos.
quizá.
rotos.
un día.
mientras duerma.
y la luz sea en mí.
y en el viento:
la palabra.
la caricia.
mientras duerma.
olvidado.
quizá.
bajo el árbol aquel.
bajo éste.
solo de.

y solitario.
bajo la lluvia también.
un día.
cualquiera.
mientras duerma.
quizá.
mis aves.
ahogadas por el humo del verano:
vuelen.
canten.
y la alegría sea:
y el acto sea:
transparencia.
ave.
cristal.

Página 54:

Un pie avanza.
el otro:
moviéndose hacia.
arrastrándose.
como si llevara
la responsabilidad del viaje.
como si los restos
de mi vida pasada fueran:
pesados terrones.
de casa vieja de.
y torturas.
y miedos paridos
como peces del subsuelo.
como si en la luz:
abstracta contradicción de jirones:
mi vida.
ésta que me tocó:
cojeara.
ahí.
donde estoy.
conmigo:
pelea y pelea.
no en lo alto.
en lo profundo:
mi cuerpo:
insomnio copado
de alas que obligan caer.
del fondo al subterráneo.
donde se ha hecho tarde.
y el pie.
atorado.
en tanto que.
la humanidad.

por cuanto.
a partir de que.
la humanidad.
la otra.
malamente.
desgarrándome.
el pie.
mi gigante pie.
.que arrastro.
arrastrando.
a pesar mío.
tendré que cortarlo.
y dejarlo ahí.
colgado.
en lo hondo.
del rincón donde peleo.
peleando.
con mis dos manos.

Página 97:

Te decía que hay un libro que no entiendo
y una rosa que no entiendo
y unas escaleras muy largas
por donde bajo
hasta volverme fino y delgado como un hilo.
Te decía que hay noches en que me acuesto temprano
y duermo
y noches que las paso subido en una roca
mirando un perro flaco
que da vueltas y vueltas
husmeando no sé que fría cosa.
Que hay un color: el verde
y un disparo a mitad de la noche
que no lo hemos puesto en la cuenta.
Hay también un beso.
una mujer llorando
dos hombres llorando
un corifeo
un pequeño chorro de luz
cayendo arbitrariamente sobre el escenario:
un gesto y nada más.
Hay nostalgias
momentos en que metemos las manos con violencia
a lugares pretéritos y muy próximos al lirio
y momentos en que las hundimos como cuando hay
vidrios en el fondo de un remanso.
Hay un tiempo cósmico
y un tiempo calendario
y otro interior
muy distinto de éstos.

Hay cruza de coralillo y áspid
(ahora recuerdo a Cleopatra)
montañas vírgenes donde
la muerte acecha debajo de una hoja.
hay aromas.
números pares.
poetas que más les valiera no haber nacido nunca
(y andar sobre las aguas eso es poesía).
Hay desigualdad.
injusticia.
deseos de cambiar.
países como el mío donde han surgido
ciento y tantos levantamientos populares
traicionados todos.
hay agrupaciones celulares.
disgamaglobulinemia.
dolor de estómago.
pérdida de peso.
papás que no han sabido administrar
su autoridad de padres.
y madres que nos dieron mucho el pecho
hasta tergiversar nuestra canción. . .

EPILOGO:

. . . a esto le falta corazón
tal vez plata
substancia rosa
rosas
rosales
A.B.C.D.
le falta-le falta
lo sé
tú también lo sabes
lo sabes y te complacerás en orinarlo
en llevarlo en tu bolsillo
con todo y licuantes:
la le li lo lu
en llevarlo en avión
en bicicleta
en caballo
en llevarlo en.

AGOSTO ES EL SUR

A

El río baja gritando
y retorciéndose.
Octubre.
Sábado.
Sí.

nadie sabe
que estoy aquí
desnudo hasta los huesos:
leyendo
sembrando
hablando con mis fantasmas:
ello.
ellos:
tengo pensado muchas cosas:
postes.
alambre.
corrales.
pasto.
a medio del día
el ganado sesteando.
coleando.
pedir que ensillen
y me traigan el caballo:
partir.
caminar.
evolucionar:
andar a las 3 de la mañana
por una calle cualquiera.
topar bruscamente
con la puerta de nuestra casa.
abrir.
oírla maullar
y no tener un pedazo de carne que darle.
entrar.
encender la luz.
buscar minuciosamente:
debajo de la cama.
en la bolsa de la basura.
en los bolsillos.
buscar.
buscar:
nada.

B

Intento garabatear mi lado sur
doy tres pasos adelante
giro a mi izquierda
me rasco
me acecho
me voy
y me pierdo por un tiempo
zurdido en la distancia:
ahí todos me conocen
y nadie sabe de mí.

elucubro.
digo:
¡basta! ¡basta!
subo a la tribuna y hablo:
Hay que darse cuenta pronto
aquí hace falta una escopeta
y algo malo que matar
hace falta un lago
posiblemente una estrella
hace falta algo con urgencia
estamos muy cerca del frío
y llorar resulta inútil
si las lágrimas no estallan.
no digo más
la gente me silba
me arroja gritos
se burla
y de cada nota RE
retoña un nombre de mujer
imaginado por encima de las cosas
mientras alguien pasa de lejos
tarareando una canción:
voces de metal en blanco y negro
voces de siglos cabalgando en el océano:

PRIMERA VOZ:

Pinos y pinos
chubascos
curufilas
pinos y más pinos
heridas en el viento
largos caminos
busca en los rincones y verás
busca
busca
soy inconfundible
tengo una señal:
Abril.

SEGUNDA VOZ:

Cuando niños jugábamos
a asomarnos por la ventana
aquella del abismo
tú ya no estás ahí
yo en cambio continuo estando:
por tí.
por la lluvia
por la ventana misma

porque si no continuó
me hundo
me escupen
me doy vuelta al revés
me suicido
y ya no hay tiempo para eso.

TERCERA VOZ:

Tagusgalpa:
puta amada
sin huesos
y sin alma.
puta:
U.S.A.
engalanada.

CUARTA VOZ:

Será mejor que me mires a la cara
con toda la boca
con toda la violencia
y pulsemos nuestras fuerzas
y la profundidad de mis plantas
y la tarde y lo que tú quieras
pero ya no por detrás
ya no por la espalda
allí no tengo nada
sino una enorme araña.

QUINTA VOZ:

Esta manzana sabe mal
y aquel pan que no comí
todavía espera en su rincón

(por el cielo marcha
una muchedumbre
y la tarde es una niña
perdida en el pinar)

Esta manzana sabe mal
y estas paredes también
y aquel pan que no comí también
y el viento
y la tarde:
¿qué hora es?

CORO:

Aquella piedra
un punto blanco
todavía insomne
una pena apenas

clavada
ensartada
penúltima
de perfil:
un grito.

PRIMERA Y QUINTA VOZ:

Un caballo entrando en la noche
nos ha hecho llorar

hemos dicho tranquilos:
aquí está todo
y aquí estamos nosotros
aquí nuestras aves
nuestros sexos usados
nuestro umbral más querido aquí
y más allá
nosotros y el agua

hemos dicho:
agosto es del sur
el miedo un gran ojo
y hasta fondo de mar.

SEGUNDA Y CUARTA VOZ:

(HOJAS)
debajo de todo esto
hay helechos verdes
y helechos verdes también

debajo de todo esto
—y esto te lo cuento en confianza—
un hombre me sufre
y muchos otros mueren
a medio caminar

debajo de todo esto
hay un ruido muy viejo
un ruido
—yo creo—
manso
chiquito
y transparente como una gota

debajo de todo esto
—del mar hablaremos después
de mi diafragma despuesito—
algo cruje
(que cruja)
pero que no se vaya

sería doloroso
ilícito
venenoso
¿por qué no ha de ser?
¡después de todo se ha
acostumbrado uno a tanto!

TERCERA VOZ:
(ENFERMEDADES DE LA NUTRICION)

Un hombre me repite
me dobla
me insiste
me llora
y se va.
otro:
se baña
ríe
escupe
me mira para afuera
y se va

otro:
me acaricia
me silba sus penas
me arranca un pedazo
se lo bebe
lo defeca
y se va

otro:
trabaja en un diario
corrige
es de arena
al amanecer se irá

otro:
se siente solo
terriblemente solo
pequeño animal
está siempre tirado en su cama
palpándose el cuerpo
sobándose
deglutiéndose
¡da lástima!
también se irá:
es el mar.

CORO:

De madera a madera
somos en fin de palo.

Marco Muñoz Velasco / Escuela de Arte Dramático INBA

El artista es el hombre, el único hombre que tiene el deber de mantenerse parecido a un niño, o sea no requiere reprimirse o condicionarse en favor de sociedad alguna. La función social del artista en otras palabras, es la de ser en alguna medida un antisocial.

Alberto Moravia

Hagan lo que quieran,
expresense como quieran,
expresen lo que quieran,
trabajen como quieran,
pero no trabajen contra la Revolución

Fidel Castro

CANTO INICIAL CON METALES

Seguramente
es posible que
mientras zurcen medias
se asfalta la autopista 20
o quizá
mientras
se observa la cara oculta de la luna
o un agente conduce preso
al peatón
al ladrón
o al peatón ladrón
y mientras —digo— puede ser posible
que un perro orine
seguramente simplemente
en algún poste
digo —puede ser posible—
no es descartable
que
alguien muera de sed
muchos mueran de hambre
algunos mueran de hambre
Oh! —digo—
es posible
que precisamente
hoy
se muera de hambre

alguien
algunos. . .
si es posible
esto y aquello
es posible que occidente
que oriente
compongan una canción
impriman un disco
que sea el hit de la temporada

Absurdo
los negros no tienen
olor
Absurdo
los blancos no tienen
color

¿Será posible
Será verdad?
con unas tijeras
alguien cortó las fronteras
(¡ Señor los últimos
serán los primeros!)

Se pone en subasta el canal de Suez
Se rellena el canal de Panamá

Naturalmente
lógicamente
Nadie se ahoga en un vaso de agua

Qué dolor
qué insufrible dolor
mi corazón con etiqueta negra
en el pecho de un blanco
¿Cómo late ahora mi corazón?
¿Late en negro?
Diástole blanca
Sístole negra
¡Maldito corazón jirafa!
Royal flor
escalera al color
Póker de ases

Duerme cara de jitomate
duérmete
hijo mío
que si no te duermes
vendrá el ratón.

Seguramente
casi es posible que. . .

Sabes amigo
saben ustedes
ustedes que son mis padres
o. . . ¿no lo son?
Saben hermanos míos
sobrinos míos
íntimos de mi corazón
saben
el ritmo
la clara nota de mi canción
es mi cantar
comienza así
el ritmo de mi canción
Desde Alaska
hasta la Patagonia
desde el Congo
al Rhin
Desde Sumatra a Borneo
así se inicia el ritmo de mi canción
Yea! Yea!
Civilización!

Hijitos nuestros
hijitos vuestros
no por mucho madrugar
dios nos ayuda

Quieto el hígado
flor de canción

Y. . . ¿mi canción?
¿sabe alguien el ritmo de mi canción?
Esa canción que
empieza
así:
"Seguramente
es casi posible que. . ."

EL ANGEL

I. Mientras los árboles,
se quedan atrás,
limpiamente atrás,
absolutamente árboles,
el ángel siempre el ángel.

II. Mirando las baldosas y
crisantemos color corbata
del fulano hijo de puta

que ¡plas! zambúllese en la
piel de dios y las torres
de esa edificia que siendo
hembra
ha parido esa casita
del siglo pasado
y en el supermercado se venden
días medias
sabor de naranja para que
el esposo consuma Coca Cola
a un peso el vaso y miel de
abeja reina para su amante
que sufre vértigos al ver
a ese cuate argentino exportado
y cuidado por las princesas del plata
que le trajeron arropado
como gusano de seda
y fajado y remachado en
veinte puntapiés puestos
en el lugar exacto que
no decimos trasero

III. Es que simplemente hoy
el problema la onda el suing
es eso o aquello o es
la personalidad
la personalidad de Mister Kennedy
y la personalidad de los mostachos
y la personalidad de los marines
y carajo porque le joden al Vietnam
Go Home gringos
Go Home a la luna o a marte
pero la personalidad es primero
y qué barbaridad en América
ya no hay cómo hacer negocios
estamos fritos los suframERICANOS
y la culpa la tiene el señor Colón
y su personalidad siempre
con Isabel de Castilla que sé yo
con un beso la huella mongólica
de los pueblos mongoloides

IV. La Isela Vega enseña sus
tetas sus chiches sus chupas
sus mugres tetas
en las barbas del más reilón
de los extranjeros mexicanos

ese que por su hermana tiene
un hijo que sabe a nombre
a bello hijo de bello
En el vello de la axila
'y este juego de palabras
cuando apenas son las veinte y dos horas
del día ocho mañana en mi
patria tengo certificado de
que soy parte de mi tierra
en día de fiesta nacional
que festejamos todos con papitas
fritas y chorizos a la francesa
es más INN es más MOD
¡Ja! a esa edad y pensando
en espiroquetas pálidas y
creo que no acabaremos nunca
de entendernos de amarnos
de sernos útiles blasfemos
porque nada nos confunde
nada nos cohibe respirando
fuerte se puede llegar a ser
el maestro Rockefeller
y mientras a la vuelta de la
esquina soñando en sueños
los Tupamaros nos dicen atención
no basta la personalidad no
qué va si los espejos se abren
de pronto y ¡zas! caímos uno
dos y tres pendejos que los
turistas faltan que contabilizar
y ¡zas! ya estamos enganchados
periféricos asmáticos la consulta
del psicoanalista es cara
y cara la cara que tienes
después de una sesión de jazz
Y ¡pun! de pronto nos damos
cuenta con todo lo que poseemos
que el valiente coronel hijo de la chingada
es también como nosotros ser humano
parido por seres humanos
y que sentimos y que todo
nos llega es nuestro nos duele
angelmente nos duele
votivamente nos duele
lagrimalmente nos duele

V. Duélenos este ser, en no siendo
porque arcilla o caracol
nos enseñaron a ser
no siendo.

GRAN PARENTESIS PARA LAS FRUSTRACIONES

UNO

Imperceptiblemente un año. . . y otro año,
han callado.

Estos lentes no son los míos,
son apenas una imagen.

Bajo ellos una sonrisa plana,
se alimenta con mi sangre,
consumiendo bocado a bocado
diariamente los frustrados sueños.

Golpean a mi puerta,
se acuestan en mis costillas,
me lavan los dientes,
planean viajes y peces tropicales.
Imperceptiblemente el que era yo
es suplantado por otro,
cuya cara miro en el espejo
cuando arreglo
los pelos que me sobran
en el cráneo.

DOS

Todo es ajeno,
en siendo nuestro.

Sí.

El ritmo de esta cuerda
reemplazable
por el corazón
del primer desconocido muerto.

Nada es mío,
tuyo,
suyo,
vuestro.

Al doblar una esquina,
simplemente nos donamos
y las huellas se nos vuelven amarillas.

TRES

Crece la ciudad,
un pintor cae y se descránea,
la ciudad crece:

vómitos,
rascacielos,
parasitosis.

La ciudad se alarga,
para encontrar su miedo.

Alguien zurce su incomunicación,
y desde adentro,
todos callan,

se sumergen,
calculan,
el precio de una transfusión,
el cambio de la horca.
La ciudad crece.
Fue imprescindible,
matar el último gorrión,
que aún quedaba. . .

CANCION DE CUNA

Siempre llovía,
en la ciudad-ciudad innominada.
El todo se reducía a la calle
donde estaba en pie el calor,
los padres
los abuelos
los primos
y la tía solterona,
la hermana
que tuvo un hijo de padre desconocido.
Allí la infancia,
de maíz asmático,
de huerto trasnochado.
Allí los fantasmas,
viejos retratos de hombres,
con bigotes-fusiles
y mujeres de caderas pronunciadas.

Así comenzaba la ternura,
simplemente terminaba en un carrusel desvencijado.
Al extremo, olor a estiércol.
a primeras letras y manzanas.
Nuevamente los tíos,
los abuelos, la madre,
el padre lavándose los dientes,
comentando fronteras,
de la patria y de banderas.

Siempre llovía en la ciudad,
en mi niñez
a la que le faltó siempre el verano.

ARRITMICO CON PINGULLO Y TAMBORES

Porque de las aceitunas
nació el ritmo,
y el aliento del Cid vibró un día,
los sargazos irrumpieron en la sangre,
coparon la geopolítica del miedo.

Acaso fue el hombre el que renunció
amamantarse,
o fueron sus propios desastres
mitigando los cobertizos de la duda.

Espartaco, yace en el limo de los ríos.
Peces hembras guardan las noches,
los pezones prenupciales.
Hombre, colmena, abeja-reina
descendiente hasta la hechura de los tálamos,
en doble esfuerzo por verse a sí mismo.

Es imprescindible el sonido,
el sonido es al ser
como la llama al estiércol.
Es necesario pronunciar la palabra,
consumir la uva,
el cromosoma.
En los altares piedras madres
de ojos cíclopes desfloran las mañanas.

¡Ah! Todos sabemos la imprescindible necesidad
de sernos catalepsias,
cementerios suspendidos en las lomas,
jaguares arrojando una sola lágrima.

Avanza el hombre
cruza el respiro del no espacio,
la fricción, las radiaciones.
De improviso un niño le pregunta a otro niño:
“¿Quién se robó mi elefante blanco? ”

RECORDATORIO PARA CIEGOS

Gracias a Ernesto Sábato

Pensamos a menudo que los ciegos existen.
Escuchamos sus bastones golpeando las puertas,
los puteaderos, la ONU, la OEA.
Sabemos que se agrupan en sociedades secretas.
No los derrotan ni James Bond ni Napoleón Solo.
Viven en mansiones protegidas con mármol de carrara.
Fabrican sus propias bombas termo ciegas.
(Para ellos somos jilgueros.)
Desde Europa hasta la China de Mao,
en selectas reuniones, plenas de oscuridad,
se especializan en sonar pianos-guitarras,
guitarras eléctricas.
A los ciegos no les importan los uniformes
ni los pelos largos,
de los jóvenes que se mean en la realeza.
Los ciegos son los que difaman

las horas nacionales.

Ellos promulgan los torbellinos, los pasillos,
los bundes, los tangos, las guarachas, los boleros.

Los ciegos palpan los contornos inciertos,
de los tulipanes

en sus asquerosas bocas de lagarto

siempre hay listo un gruñido

y cuando un vidente cae en sus manos,

con picaflores adiestrados como pulgas de circo

les desfloran los ojos,

les carcomen la médula

y los ingresan presurosos en sus cuotas siniestras.

Truman lo sabe.

Rockefeller lo sabe.

De Gaulle es afiliado a su secta siniestra.

Por eso los estudiantes franceses,

por eso los estudiantes mexicanos,

mueren y mueren y nadie les da

la extemaunción.

Los ciegos y sus sociedades secretas,

sin raza, sin costumbres, sin olor,

tocan timbales.

Las enormes consolas perciben el murmullo

de sus dedos. Sus coitos son perversos

como de gatos en noches de conjunción.

(Occidente se muere señor don Matías,

la putita asmática de Europa

cambia las bragas de la Brigitte Bardot

por el pacto de Varsovia).

Son los ciegos en definitiva

los que en la OTAN se ríen a carcajadas,

de los esfuerzos de paz que se hacen en Versalles,

en Londres, Sumatra, Perú, Los Angeles.

Los ciegos lo saben,

ellos lo saben,

ellos lo palpan.

(Oriente subirá a los primeros planos).

Por los ciegos, lluvia para ellos,

bienaventurados son los ciegos,

porque de ellos será el reino del dinero.

CANTO SOLO CON GUITARRA

Está el campanero,

reposando sus propios ojos

sobre el muslo.

Teje una cota de algodón

que se asemeja un nido,

un brazo espaciosamente
doblegado
sobre cierto pecho,
que incluye el unicornio.
Llega la mañana y nos vigila
un dios omnisciente,
desde un rayo de luz
que parte
desde cualquier cisterna.

Los barcos de papel
los viajes y los ríos de la sangre
denigran el sabor
de esta inexplicable piel
que nos marca para siempre.
Y otra vez
el desconocido en la curvatura
que desciende desde el cuello,
y se pierde en la conclusión
de la no espalda,
pues el arquitecto es un pordiosero perfecto
que cruza el umbral
del hasta nunca,
intentando una disculpa,
para ocultar su miedo.



DECLARACION DE AMOR SIN EDITH PIAF

En casa de herrero cuchillo de palo

Eva lo sabe,
Cuatlicue lo sabe,
Cleopatra lo sabe,
la reina de Saba lo sabe,
Agripina lo sabe,
María Antonieta,
Isabel Primera,
Madame Curie, La Mistinguete,
la Piaf, la Rubinstein, la Pasionaria,
la Dolores, la Fulana y la Sutana lo saben.
Lo saben los peces hembras,
las gaviotas infértiles del atolón pacífico,
lo saben todas las reinas
de los reinos del bikini.
Lo saben, lo saben.
Y tú,
Luisa Francisca del Real y la Gardenia,
tú,
Lui-Francisca,
igual que gata metida en un tarro de pintura,
tú que te rancas por el Jirón Moquegua,
que nalgueas por la Séptima,
por Corrientes, por Ahumada y O'Higgins,
y mientras tomas Coca Cola
lees a Simone de Beauvoir
igual que pulsaras un caramelo de fresa.
Sólo tú mi podenca, mostrenca, putica mía
que zurces medias y te crece el ombligo,
en desesperados esfuerzos,
por combatir la píldora,
las pastillas
y los neutros poemas de Allan Ginsberg.
(los Jodorowsky no viven en Chile)
Tú que me preguntas cuándo partiremos a Dinamarca.
Tú, que sonríes como la azucena de Quito
al pensar en la cirugía plástica
y en las fabulosas piernas de la Marlene Dietriche.
Tú, que anhelas parir tan bien cuidada como la Loren.
Tú, que lees a Carlitos y a Mafalda,
santificas a Beethoven
y compras frazaditas termoestáticas en Sears.
Tú, que eres afiliada al Diners Club.
Tú, que me sobas la vida y las noches también.
Y que siendo mía, eres pura mi linda Lui-Fernanda.
Sólo tú no lo sabes,
no lo sabes, y te amo porque caminando

y elaborando siempre,
mi Lui-Fernanda,
nos estamos viviendo desaforados,
sin las radiaciones,
sin los espejos,
sin los Cagliostros,
sin la muerte,
¡amén!

BALADA DE RENUNCIACION PARA LUI-FRANCISCA

Este hidromiel de siglos,
no rompe la barrera del sonido.
(Mi vientre abultado padre,
siega la cosecha temprana.)
Casa enhiesta,
Ay, los metales de las puertas!

Quizá en los espejos, el último de los compadres,
fragua avestruces, miel y polen.

Semejante al labrador,
alguien reclama su pozo, su retama.
Alta llama viva
se colma el vaso, el tacto de un beso.

Luisa Fernanda,
Luisa Francisca, toda esta palabrería sobra,
tan sólo es suficiente un apretón de manos.
(He aquí que el confundido,
es el desorientado de siempre.)
De pie en el escenario,
soportando levemente el peso de la túnica,
soportando las mil caras,
saboreando los mil labios
después que tan sólo han quedado las butacas,
la reunión de la troupe,
sólo resta,
un inexplicable sabor de poseer cinco años.

Sobran los disparates de costumbre,
Luisa Fernanda sobran los ganchos,
las corcheas, las montañas y la tierra.

Lui-Francisca,
nos ha llegado el invierno,
me pregunto si aún zurces medias,
si aún te gusta el chocolate.

Me pregunto,
qué harás hoy,
mañana, nunca.

(Seguramente desde un convertible rojo,
verás como pasa el tiempo,
la injusticia, las uvas,
el Presidente de turno,
mi nombre
y el hijo que matamos.)

CANCION INTERMEDIA CON TIMBALES

No. Simplemente no.
Imperceptiblemente casi.
Mi corazón umbilical desfallece
los floripondios no florecen
(de tal palo tal astilla)

Sube y baja
es indispensable una purga
con aceite de ricino
Sube y baja
no puede usted pisar el ascensor
la oficina 102 está a la izquierda

El señor Gerente atiende los sábados
los sábados sale de *week end*
lleva cocaví bocaví
lleva secretaria la lleva al mar
lleva una flor en el ojal de su esternón
lleva un limón
un convertible
y una flor que se cayó
que se murió
que feneció del corazón

¡Yea! ¡Yea!
¡Guepa ya!
Es un danzón es Raphael
es Yaco Monti
donde la luz donde el ratón
yace se murió ya feneció del corazón

¡Guepa! ¡Guepa! ¡Ya!
(no por ir de prisa se llega más pronto)
En el Viet Nam caracolea un paso
en ritmo lento que sabe a fresa
un paso aquí otro acá

la muerte llega en carnaval
la muerte azul la muerte negra
la muerte muerte
en un camión que dice así
¡Guepa! ¡Guepa! ¡Ya!
La guerra viene
la guerra va
esta que es rubia me gusta más
me gusta un chicle
me gusta así me gusta asá
¡Guepa! ¡Guepa! ¡Ya!

No simplemente no
Ripley no sabe bailar danzón

En el Caribe hay un volcán,
hay un volcán,
con una cinta que reza así;
que reza asá,
es un ciclón que suena dentro del corazón.

No simplemente no
¡Guepa! ¡Guepa! ¡Guepa! ¡Ya!

Un paso aquí
otro allá
¡Guepa! ¡Guepa! ¡Ya!

HISTORIA PARA SER CONTADA SIN FLEMON

Pensándolo bien,
analizando la cosa punto x punto,
después de discutirlo en el café,
felizmente sentado frente a cuartillas de papel,
extemporáneamente, frágilmente,
iniciar el asunto
con una frase simple:
Puede ser sobre los gamines de Colombia.
O quizá sobre los indios del altiplano.
(más tarde, cuando los conozca
sobre los mendigos de París).
Pero mejor una historia de amor.
(la editaría en Brugera),
aparecería en el suplemento literario
de un domigno cualquiera.

Pero pensándolo bien,
analizando la cosa punto x punto,
el tema del indio ya está explotado,

y García Márquez me despreciaría,
por no tener imaginación.
Vargas Llosa me reclamaría,
por falta de profesión.
La historia podría comenzar así:
Desde los Andes,
desde la historia,
atrás, muy atrás. . .
No, no vale la pena,
mejor hay que discutirlo en el café,
felizmente sentado frente a cuartillas de papel. . .

CANCION CON LETRA PARA TANGO

Los argentinos se casan para
que los traicione su esposa
y poder componer un tango.

Categorícamente, hoy no ha sucedido nada.
Un simple sabor amargo al levantarme.
Un día lluvioso.
La “doméstica” frente a la estufa,
se mueve, prepara el café.
La “doméstica” es la criada,
es apenas una zutana,
una mengana, es una india, una mestiza,
es una negra.
Sus padres trabajaron igual,
sus padres murieron igual,
santificaron a Dios,
respetaron a sus patronos.
Legaron a esta mujer,
un espacio pequeñito
más o menos como un jergón.
Ella, la “doméstica” tiene un hijo,
el padre del hijo de esta mujer es policía,
viene por las noches uniformado de nada.
(el hábito sí hace al monje).
Parten juntos, no se hablan,
hacen el amor,

después ella viene como en este día,
en que el asma me pone enfermo,
en este día en que el Lucky con filtro,
sabe a porquería.
En este día en que mi mujer,
metida en el baño,
charla de tintes para el cabello.
Habla con mi cuñada sobre la carestía
del extracto Chanel.
Hablan, hablan, ladran. Ladra mi suegra.
La mujer, “doméstica” anuncia:
(sabe hablar en castellano)
La mesa está servida.
El cónflex está sobre la mesa,
junto a la compota de duraznos.
(Alta California)
El diario y mi mujer,
están junto a los duraznos.
Ella habla, habla y habla.
Y el asma, y la crema, y el café,
y el azúcar, y los EE.UU.
y que la fulana y la zutana,
y que. . .
y que. . .

Categoricamente hoy,
no ha pasado nada,
unos cuantos muertos más.
Nixon en Europa,
abraza y dulcifica serafines,
le importa un carajo América Latina.
Su Santidad viaja al Africa,
a Biafra, a Palestina,
a la muerte.
(de tal palo tal astilla).
Y mi esposa, y el guagua
y la “doméstica”
y la “doméstica”, en fin. . .
Quien con lobo se junta,
a importar aprende,
en fin. . .
el mar
la “doméstica” y el mar,
y el concertaje
en fin. . .
Categoricamente, camellamente,
un día, una inconsciencia,
un día más. . .
más. . . ¿más?

plegaria e ícono
la noche abierta desanduvo una vida
sin triunfo
sin huella exacta del fugitivo
amor
amor con palabra y sin persona
caballo ensillado y sin jinete

rota imagen rota
imagen que arrastró el sombrío
pero no amor
sino lo que busca la vida y no sabemos

sólo que huye siempre
amor muerte felicidad o desconocido
lo sigue buscando
muerta
tardía y leve

PARAMO

a Miguel Angel

Señor de todo
 desposeído
Ciudadano de El Dorado
vago inmóvil
Icaro tras el día nocturno
que se evade hacia dentro
 Campo híbrido indeleble
 Lindero de la muerte
Levantando con tu puño
empañadas soluciones circulares
de tu llanto

Víctima victimario
de misericordia
 noción manchada por un velo
 obra de tus manos
Idolo enterrado
por el tiempo

María del Carmen Merodio Tamés / Facultad de Filosofía y Letras

MINERA

a mi padre

Muerte

Minera

Triste muerte temerosa de la vida

Socavando los recuerdos

Minera

Te llevaste mis raíces

Temor sin rostro donde escupirte

Te llevaste mis temores

Esculpiendo cada noche

La llegada del miedo y el cirio desvelado

Ritual omnipotente en mi presencia

No te conocí Nunca te supe minera

Muerte para llevarte mi tierra ennegrecida

Muerte

Maestra los nueve días de luto

Después minera

Pensamiento trasnochado de uñas en la piel

y misericordia

Futura compañía

Triste minera

Compañera de vigilia

Insultada Caiumniada

Estremecida y entera en la cosecha

Silenciosa

SIN TRIUNFO

muerta

envuelta en el recuerdo

tardía y leve

con el rostro del último poema

tremolando en el limbo

huésped en mi altar vacío

Ignorándote a ti
de todos conocido
de muchos esperado

Por el páramo
vena inconsútil y seca
que algún día bebió tu palabra
páramo yerto
amante y enemigo
verdugo por su sino
cabellera anhelante
sudorosa
hembra en celo

Páramo que habitas sin llorarlo
sin recordar la semilla
Páramo que habitas
que expandes que hinchas
y no bebes

RUECA, TELAR DE SANGRE

Rueca sin hilo
de los deseos
llora a tus muertos
a solas con el miedo

Estro trashumante
sobre la faz de la tierra
hacha puñal
tridente
rueca telar de sangre
sin dueño
Esclava de los tiempos
máquina rabiosa
escupiendo tu siglo
Profana una jugada inmensa
y es el jaque
y es el arte que nace babeante
cansado y tembloroso

Humo de iglesia y de cadáver
y de silencio
con olor de tiempo detenido
en un clímax
que nadie entienda

Entiendo
la gran palabra suicidio
el cirio para mí

y oleré a muerto
Y la máquina rabiosa
y su siglo manchado
abortarán el arte

Telones eternos y subsiguientes
de pliegues
dolorosamente marcados en escena

CIUDAD
busco tu nombre
en esta ciudad
de única realidad
única
y eterna realidad

sabiendo que estás
y no estás
en algún lugar
sepultado
y con la misma fachada
que tantos otros
sin cara
ni recuerdo
te busco
teniéndote aquí conmigo

te busco
para no poder verte
para imaginarte
sabiendo que estás
te busco
entre las mil realidades
del profundo
te busco
para estrechar tu imagen
y perder el mundo
(la nostalgia)

NOMBRE

sabré encontrar
tu nombre
torre demolida
sobre nuestros restos

podré decirte
por encima del aborto
del miedo
del rostro amarillo
de tu entretenimiento

cuando tenga
dominio sobre tu marea
y pueda redimir a un niño
sabré decir tu nombre

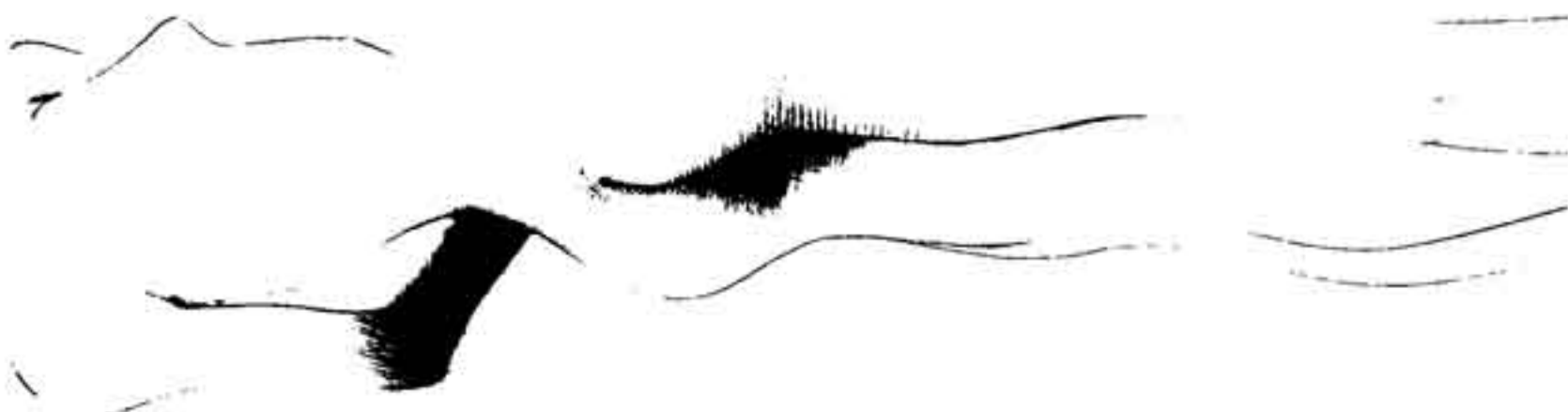
mientras
mi aliento agoniza
en el mar visceral
de tu contento

y no puedo cobrarme un sueño
en cambio
cualquiera compra la carne
en el escaparate
de la mente

el remolino de sensaciones
que atrapa una idea
y se le escapa

pero hallaré tu nombre
ése entre tantos
que te dicen

|
amor luz libertad
sabré tu nombre
y será suficiente
para tomar mi sueño
y destruirte



Luis de Tavira / Facultad de Filosofía y Letras

Y me dexaste con gemido
San Juan de la Cruz

PROLOGO

Sin temor
paradójico mensajero
que cruza un desierto preñado de riesgos
exhultante en la fe de una misión cumplida
en el íntimo estallido de alegría
del fatigado en la distancia recorrida
lanzo mis redes al océano de tu espíritu
y renuncio a la precisión terminal
de una comunicación cuidada
para flotar
todo yo
en ese océano
por el milagro del símbolo.

¿no has navegado nunca sobre una estrella
asomado a tu ventana
en una noche invernal
ceñida la cintura del paisaje
por un cingulo de bruma?

¿no has sostenido un suspiro
para incorporar tu alma en la atmósfera nostálgica
y sentir
por el ansia asfixiante
que existes?
así
pronunció mi monólogo
como un íntimo coloquio con la soledad
para encontrar
más allá del invierno de mi valle
la vida que agita el movimiento
y encontrar
en el génesis milagroso de esa fe
mi caos convertido en cosmos:

tú
es posible pronunciar esta palabra

en la cosmovisión interior
y ordenar los cauces del sendero
hacia esta puerta
tú

y la soledad se hace carne
penetra en nuestra historia
y hiere
y consuela
y acompaña
hoy azota su puerta a la prisa del encuentro
hoy abre sus brazos
y estrecha una intimidad dolorida
hoy sincretiza cada instante en uno solo
indescifrable comunión
tú - yo
una existencia que se abate.
y quise gritar con toda el alma
para encontrarme en el eco de mi existencia
pero el viento
que llora con el árbol
arrebato mi voz
y me quedé mudo

y todo era tinieblas y silencio
un día
dijo Dios: hágase la luz
y la luz se hizo:
nació la poesía.

tanzo mis redes al océano de tu espíritu
gozosa espera del capullo
triste alegría de la lágrima

del centro del mundo
se abre un abismo
se enreda el engranaje en demente rotación
nuestro diálogo son absurdos monólogos en contrapunto
flotamos en orbitaciones distintas.

y muy triste
el paisaje preciso
se oculta en el espesor de la niebla

hermoso tronco de abedul que se bifurca
y apunta al cielo en dos direcciones
un golfo de cielo se cuela en medio
desde el vértice a la copa
y sin embargo
debilidad ferviente de su rigidez

inconsolables
en lo alto
sus ramas se entrelazan.
sobre el campo primaveral
hierva la ternura de la tierra.
se abre el surco de la separación
terrible adiós de agonía y suicidio
ay sembrador sembrador de nostalgias.

y en la cumbre de una mítica despedida
entre nerviosidades simuladas
gritos de agonía
y danza de lémures
se abren en su infinitud
el tiempo
la distancia.

nace la nostalgia
en noche de estrellas empañada
es envuelta con el manto lunar
palidez de sudario
temblor de esperanza.

y esa niña enigmática y humilde
de valiente fealdad
es un poco Antígona
que duerme su siesta frágil
en nuestro corazón
una música interior la arrulla
canción de los senderos
del tiempo en la distancia
de una estrella perdida
de un tizón encendido en un terreno baldío.
ya no hay lugar para preguntas
en la soledad
de un mundo que comienza

¿quién interroga
a un criminal sepultado?
ahora tienen la palabra
las hierbas que crecen
alrededor de la tumba

¿quién
en la alborada del día nuevo
reprocha al sol
su huida dorada
del día que ya pasó?

y un medio día
fatigoso y rutinario
se encierra la nostalgia en un sepulcro.
¿resucitará transformada?

palabras de humo
que son el vuelo de una vida consumida
pensamientos pendientes
en la añoranza de una certeza
versos tristes
como suspiros sin recuerdo
aliento y quejido
sin luz
sin inspiración.

el escenario está vacío
la tragedia ha terminado sin aplausos
y las luces se han apagado
en memoria del atardecer.

un naufrago flota en el océano
asido fuertemente a su existencia
a la deriva incierta
que le fue dada como destino.

y sin adviento el milagro
de nuevos encuentros
de mundos ignotos
de espigas en fruto.

el porvenir deslumbra al pasado.

y es que el tiempo no existe
y no hay
tú pasado
ni tú presente
sólo tú
deseado de los collados eternos
tú
desconocido
esperado en la inquietud replegada
por los siglos de los siglos.

y en mi desierto
contemplo en el goce del encuentro
tu cuerpo que se dilata en la materia
en el paisaje vestido de tu hermosura
en tu encarnación inadvertida
en esos tú de siempre

hoy
te busco
con la absurda adivinación
de una fe amante
que no se cansa de cantarte
porque sí
porque cómo
si no fuera por eso.

PRIMERA ESTACION

ANATEMA SIT

Ya pueden sonar los jueces
de la torre ensimismada del desprecio
las categóricas campanadas del desahucio

ya no importa
que el viento arrastre los papeles
ni que llueva de nuevo en el desierto
ya no importa

la impaciencia es paciencia en la picota
y la mueca del llanto
es la última sonrisa
del que muere condenado
sin saberse culpable o inocente

es inútil intentar coherencia
perdido en el engaño de la ausencia

ya no importa
que se acabe la cuerda del reloj
ni que el miedo atranque la puerta
ya no importa

ya han dictado sentencia
diagnóstico y condena
sólo queda el desahucio
y un gracioso sacramento para muertos

sólo tú faltas
silencioso tejedor de sombras y esperanza
sólo falta que se quiebre tu espejismo
y que juzgues también tú
con sentencia, diagnóstico
y desahucio
sólo tú faltas.

TAMBIEN ELLOS SE FUERON

El amor mundano tiene ojos espirituales sin los cuales no se puede
ver al Espíritu Santo que es invisible a los ojos de la carne

San Agustín

Y también ellos se fueron
con el vuelo del viento pasajero
y el sol se fue también
a buscar lo inencontrable en esta tierra

y el tiempo se va siempre navegando
en las aguas que corren incansables
y estoy aquí
rendido
en la fatiga de intentar
alcanzar el vuelo del humo
el paso de las sombras
el retorno de las olas
la huida del sol
y la presencia de los hombres

porque también ellos se fueron.
pero tú te quedaste en las ausencias
y estás conmigo
hablando de silencios
pero es difícil compartir contigo

la nostalgia de ser siempre recuerdo
la esperanza de verte en el reencuentro
la agonía de estar siempre pensando

porque tú eres y no eres
porque habitas en la ausencia
porque estando siempre
te ocultas

y te haces confidente en el misterio

de la vida atormentada de los hombres
de los rostros del llanto
y de la guerra
del amor que quema al desairado
y la alegría pasajera de este mundo.

y hay que quedarse
así
enfermo de esperanza
para celebrar contigo cada noche

1

Florentino Pino

¿es posible perseguir los sueños
que huyen y se esfuman
en la luz cortante del día nuevo

que muestra las mismas cosas
a los mismos ojos?

lanzo mis redes esperanzadas
para pronunciar tu nombre taumaturgo
y aunque siento la violencia de un océano
que se estrella contra el acantilado de tu espalda amurallada
quiero ser náufrago que flota sobre la magnitud azul del mar
para encontrar en mi nostalgia
la infinitud oceánica de tu mirada perdida

yo sigo corriendo
porque en tu ausencia sé
que todo lo que te espero
en el vacío de mi soledad inacabable
eso te quiero.

TU

Y pensar
cuando todo ha acabado
y se han ido las amadas presencias
que el destino heredado
tiene nombre de mar
y es incierto

y sentir el ansia terca
de preguntar y responder
a un corazón confundido
en tono entrecortado
y al fin llegar hasta ti
mudo y tembloroso
a preguntarte muy en silencio
¿quién eres tú
siempre presente en las ausencias
protagonista arbitrario del sueño
altanero saqueador de la ternura?

y responder sin esperarte
que eres tú
mi soledad encarnada
que pasa indiferente a mi propia presencia
pero eres más

eres un verso nunca escrito
que vibra eternamente en el olvido siempre presente
eres la esperanza cumplida
todavía esperada
eres la paz y la nostalgia plena
que invade el corazón desolado de Beethoven

eres el tercer movimiento de su Novena Sinfonía
eres la pregunta sin respuestas
y la respuesta incuestionable
del que pierde la vista viendo el mar
siempre azul siempre distinto siempre infinito

eres el viaje de la noche
que se olvida del tiempo
para esconder la amenaza
de que todo se acaba y todo pasa

eres tú
pero eres tantos
que ya te pierdo y ya te encuentro
y sólo sé
que eres misterio
 noche
 mar y fuego
 nostalgia y recuerdo
pero eres tú.

VIENTO VISITANTE

Porque somos efímeros
porque el coro de Bach también se calla
y hace un acto de fe
a oscuras
y en silencio
porque es duro esperar
y el cansancio invade y paraliza,
hay que saber callar para huir en el viento
ansia incontenible
que golpea la ventana de tu casa dormida
que se cuelga en los huecos de tu corazón desprevenido
y desordena tus papeles
y te aborda de frío
y se va con la racha
a recorrer el camino inagotable de la ausencia
a recordar letra por letra los nombres del olvido
hasta aprender
al fin
que en el silencio
agoniza la espera
y balbuciente
recibe el corazón
la visita sin adviento
de lo eterno

y es por eso
que el silencio hierve
y hay que salir de noche
inoportuno
patibulario del llanto de la espera
a entonar con el viento mudo y sin oyentes
el canto del que ama y del reencuentro.

PAUSA

SILENCIO

Que una vez hubo una sombra
con figura de ola en danza eterna
y espíritu de viento que se aleja
y dicen que existió hace muchos años
tantos que parece haber nacido esta mañana
o que quizá no existe todavía
porque es la cruz oxidada de un sepulcro
flor en la aurora fuego en el crepúsculo.
y una noche de tormenta contenida
de confidencias de espectros
del pálido sudario de la luna,
me filtro en el hueco del espejo
para mirar en el reverso de la imagen
y esperar a que pasen las estrellas
en su viaje sigiloso hacia la ausencia
para ver que esa sombra antigua y nueva
 flor y fuego
 mar y viento
es todo eso que refleja el corazón
cuando despunta
entre el brinco de los cerros
el sol de tu presencia
y entonces es posible escuchar
en trance iluminado
el canto que entonan los ecos
que corren por la tierra
ese canto tan íntimo y tan viejo
que hoy llamamos silencio
y que conmueve.

ESPEJISMO

VACIO

Hay otros mundos
pero están en éste

Paule Eluard

Y si fuera posible
navegar con la cadencia del reflejo
de una estrella sobre el mar.

¿en qué piensa la anciana campesina
sentada en la quietud del cerro
cuando contempla el cansancio eterno del tiempo
que a paso peregrino se va yendo
como sombra que mueve los trigales?

qué ansiedad acosa la llama
de una cera amarilla que danza al viento
en la lóbrega oscuridad
de un templo barroco y provinciano
donde el oro del retablo esconde su brillo
bajo el negro sudario de tiempos de humo
incienso
llanto

y agonía de flores.

¿no se cansan los motores de hierro?
el cartel luminoso reitera su historia cada tres segundos
el mar inunda el desierto cada milenio
no alcanzan las sillas de la sala de espera
los grillos comienzan sus monólogos a la hora del mediodía
en un restaurante del centro
en el caudal luminoso
de una ciudad dormida
en aquel hueco oscuro
que está entre dos luces
agoniza un hombre dormido
el hastío la soledad y la pregunta se dan cita
y comienza a soplar un viento indomable
se desboca la sangre
el corazón sí se cansa
nace el grito
se va desgranando el desierto
los cerros quiebran la ausencia del paisaje

y sólo es eterno el vacío cuando se ama.

PRIMERA CAIDA

Y ESPERO

porque en ellos leyese el hijo pródigo
al volver a su umbral
en un anochecer de maleficio
a la luz de petróleo de una mecha
su esperanza deshecha

Ramón López Velarde

Y yo me rebelo
con el terco anhelo
de una esperanza desahuciada
en desenterrar las amadas reliquias
que yacen en el seno de un desierto

y te confundo con la arena inasible
y mis manos te buscan cavando una tumba
y te sigo esperando
perdido en un hueco de desierto

pero fluye el recuerdo
que inunda y desborda
la magnitud incontable de la arena

Tú eres personaje del recuerdo
y habitas en el sueño
y pasas confundido entre las sombras
de una noche de ceras ardiendo

y te escondes
añorada evasión de mi ternura
en el temblor de una pregunta impronunciada
porque te apreso en un laberinto de nostalgias
porque cuando eres hoy
pareces ser tan sólo
apariencia de aurora en el invierno

y te vas de mi mano en la arena
y eres viento
y estás siempre pasando

pero me quedo
con mi pregunta inútil
en el hueco de una tumba

en el desierto
a contemplar recostado
y en silencio
el paso de la noche y el mañana
porque tú dices ser eterno
y yo te creo
con el terco anhelo
de una esperanza desahuciada.

SEGUNDA CAIDA

QUE NO

—Muchacho: Señor. . . señor
—Valdimiro: ¿De parte del Sr. Godot?
—Sí, señor
—Valdimiro: ¿No vendrá esta noche?
—Muchacho: No, señor
.
.
.
.
.
.
—Muchacho: ¿Qué debo decir al Sr. Godot?
—Valdimiro: Dile. . . dile que me has visto y que. . . que me
has visto. ¿Dime estás seguro de que me has visto? ¿No
me dirás mañana que nunca me has visto?

Samuel Beckett

Que no
que no vienes hoy
que no
que es inútil la espera
y sin embargo
no es posible vivir de otra manera
y sólo queda la espera
después de haber hablado en demasía y desorden
y es que quizá
tengo destino de ola perpetua
que deviene cada instante y cada siglo
que es sol y viaja en ascensos y caídas
que es espejo quebrado de la luna
y canta al rutinario galope de la sangre
a gritos
con llanto
y con la paz serena del resignado
que arrulla el ansia dormida
de una ceguera que acaricia la luz
de otros mundos escondidos en éste del desierto
y adivina tu paso sin distancia

y te sale al encuentro
agitado en el torpe descenso
de la disforme escalera de estos versos
para llegar al sitio de la espera
por qué no
que hoy no vienes
que no
que es inútil
que tal vez
que nunca llegarás si no te espero
(que nunca llegarás si no te espero)
porque estás tejido de advientos
y eres viento sin distancia y tiempo
y me postro en el culto del silencio
en tu morada vacía
para cantar los himnos de una promesa adivinada
y creer que es posible
irse en el eco hasta ti
y agitar el mar con una mano

para mojar tus pies en la ola desbordada
porque hoy tu mensajero
carne de tu espíritu
no me ha conocido
y dice que no
que no vienes hoy
que no
y miro la forma del humo de un cigarro consumido
que en retablos de churriguera
huye a lo alto

y se deshace atrapado
en la prisión del techo
de mi casa de espera.

TEMBLOR

Hay algo tuyo en el aire
como si fuera imposible huirte
y tengo miedo de mirar las flores
porque te llaman en gritos de colores

y yo que te he esperado
en la vigilia de mi noche inconsolada
repliego el ansia de sentirte cerca
porque me invade el temor de tu presencia
y te huyo porque te he esperado

y soy así peregrino fatigado

que ha recorrido la distancia de tu ausencia
y llega hasta la puerta de tu casa
y tiembla
porque es difícil atreverse ya de cerca
a contar toda la historia en un saludo
a pensar sólo una vez que no sabías
a ver la luz cuando se sale de una cárcel

Porque quizá no quiero liberarte
ni demoler mi laberinto de nostalgias
ni dejar que escapes a mis sueños
ni que seas tú ajeno a mi esperanza

porque tengo miedo de quedarme sin recuerdo
y perder el coloquio del silencio
para estar sin soledad y solo

Porque cuando te espero te quiero
y no podría olvidarte nunca
y ahora que siento que te acercas
tengo miedo que al verte nunca llegues

por eso en el ansia del encuentro
no me pidas si llegas que te vea
y déjame estrecharte sin que hable
para que muera la esperanza de esperarte
como una estrella que se ahogara en el océano.

SUPLICA

Te llevaste mi vida con tu prisa
Gonzalo Curiel

En el ocaso y como último recurso
sin saber por qué
me incorporo en la sospecha del final acorde
como una alondra que adivina la aurora
para seguir con el canto
y que no muera
que siga
que no venga el silencio
y nos sorprenda la alborada
sin pensar que ha habido una noche de silencio
noche de ausencia y sin ti
noche de múltiples suplencias
en que se esconde mi nostalgia frágil

Nunca la mires
deslizarse en la cascada de mi llanto

porque en la oscuridad no cuesta tanto
reconocer que tiemblo

que sufro tu ausencia
que es imposible sin ti
que canto porque existes
que te vas y estás aquí
que no te has ido
y no te veo

porque te cubren las tinieblas de mi espera ciega
y adivino tu partida
no te vayas peregrino advenedizo
con la prisa de un viento forastero
porque en la playa está sin irse
la palmera que no canta sin la brisa

no te vayas ahora que te encuentro
porque se iría contigo
la aurora de esta espera
y sería cantar como una alondra ciega
que porque no ve el sol
canta de noche.

EXAMEN DEL COLOQUIO

En la vigilia fría
de tu ansia noctívaga
corazón mío
afiebrado impaciente
¿A quién esperas?

¿Por qué no duermes
ni abandonas al olvido
la presencia imprescindible
del sol que danza en el océano?

¿Por qué no sepultas el recuerdo alucinado
de aquella sonrisa pasajera
y estás ahí sentado
a la vera de un camino intransitado
como un ciego que espera al Mesías?

deja ya
corazón terco
la ilusión de un enfermo incurable
que aguardara cada día de muchos años
la visita de un pariente fallecido

¿Por qué ese afán
de hablar con las ausencias
corazón envejecido?

¿Por qué ese querer y creer resurrecciones?
¿No te basta la luz
el pan
y cada día?

Basta ya
de cantar entre dientes
la misma melodía
ya no pierdas la vista
en el punto más remoto del paisaje

corazón enfermo de nostalgia crónica
cuando cierras los ojos
y te acuerdas del mar
¿a quién esperas?

RECONOCIMIENTO

YA NO SOY TU

No tenía la apariencia de un niño
perdido en el desierto
De Saint-Exupéry

Quién pudiera contarte un cuento
niño entristecido y nostálgico
y ganar la luz de tu sonrisa
el brillo de tu mirada y tu inquisidora atención
que navega sobre la lejanía nebulosa
de un recuerdo inquietante

Por eso me resigno al silencio
de mirarte desde lejos
para intentar encontrarme contigo
en tu sueño aventurero

Y tengo miedo
de no resistir el silencio
de no saber callar lo que la vida
a golpes y caricias
me ha enseñado

Porque ya no soy como tú
niño travieso
soñador aventurero
que esperas sin ninguna garantía
y desconoces las fronteras de las convenciones
cuando hablas con los demás

que sabes decir que quieres cuando quieres
que amas mucho y sin saberlo
que sabes platicar sencillamente
sin barroquismos

Porque ya no soy como tú
niño que abrazas la nostalgia
y te atreves a vivir el recuerdo
y puedes dormirte de tristeza

Porque ya no soy tú
niño que fui.

SENTENCIA

Irremediablemente solo
en el centro del tribunal
en que soy juez testigo y acusado
repito bajo conjura el memorial
aprendido de tu boca junto al mar

y me condeno a la severa sentencia
de esperar en tu promesa pronunciada
como susurro de una red mecida al viento

y me encarcelo en el cauce de un río
para emprender con los lirios
el camino quebrado hacia la mar

para repetir todas las noches
con prótasis y pausas
el monólogo terco
de mi confianza impúdica

Porque en este tribunal de soledades
eres la ausencia víctima que acusa
y la fuerza de quererte me aprisiona

INCORPORACION Y DESHAUCIO

Tú eres Pedro
Mateo 16,18

El —la palabra— era la luz
Juan 1, 9

Entonces el discípulo a quien
amaba Jesús dícele a Pedro:
Es el Señor
Juan 21,7

TIBERIADES

Ya no sé si algún día lo sabrás
yo lo sabía
pero el recorrido inacabado
del sol en el tiempo
del árbol al cielo
de mi ansia a la luz
me ha llevado al horizonte infinito
del verde en la pradera
de la distancia a las estrellas
de un océano desbordado gota a gota
porque así es el caudal de mi cariño
porque esa es la vereda en que te busco
porque cuando digo amo digo sufro
y mientras más avanzo hacia ti estás más lejos
y si quisiera volver a la pregunta
si intentara contar la historia una vez más
y saber quién eres y por qué te quiero
habría que sentarse
sobre la piedra removida
de tu tumba vacía
y leer muy lentamente el testimonio de Juan
y recordar llorando que eres luz hecha carne
y que te fuiste
porque estamos ciegos
y es necesario palpar la luz
que se esconde en otros cuerpos
y adivinar que has vuelto
cuando amamos
por eso, ahora
que contemplo los restos del incendio
y el humo aún asciende
sobre mi habitación de ceniza
ahora que el silencio
es mensajero del recuerdo
y viajan desde Naxos

los ecos en el viento
para confiarme su secreto
a la luz prudente de un bar
cercano al mar
cuando una barca se hunde
mar adentro en la tormenta
y el pescador se asusta ante el fantasma
ahora que se duerme fatigada la nostalgia
y porque sufro sé que amo
y dudo
y ya no sé si algún día lo sabrás
hay que soltar las redes que te buscan
para tirarse al mar de Tiberíades
para llegar a la playa en cada ola
hasta que llegue el día
que espero y dudo
en que aparezca tu figura
en el umbral de mi casa solitaria
y adivine desde lejos
tu presencia en la arena
y tu saludo
para al fin poder decir
que ya no importa
porque si yo mismo no lo sé
tú sabes todo.

. . . I

Es duro ser minero en la ternura
y hundirse en el oscuro del silencio
y seguir hasta el final la veta del afecto
para acabar de noche en la nostalgia necia
de labrar a martillazos la palabra
sacramento eficaz de la presencia
que quisiera ser paloma mensajera
y cruzar la distancia por el aire
y llegar de las alturas hasta ti

pero que es piedra labrada que no vuela
que es incapaz de flotar abandonada
sobre las ondas azules del ponto
y se hunde en el naufragio de su viaje
y se pierde entre las tumbas de corales
y que confía agonizante su secreto
al misterio insondable del océano
para hacértelo llegar
cuando vayas a la playa
porque entonces sabrás eso impreciso
que te quieren decir

con su furia y su ternura
las olas desahogadas en la arena
y la brisa llorosa en la palmera.

. . . II

¿Por qué el amor?
Te lo preguntas
y yo te imagino
contemplando una noche de estrellas fugaces
o escuchando el acorde fantasma de un teatro vacío
o atracando tu puerta a algún viento de invierno

Pero sé que ya no tarda la respuesta
del remolino eterno de tu soledad
del molino de fuego en tu corazón
porque conozco tu silencio sorprendido
y sé hacia dónde viajan las estrellas
y que ya viene el alba del verde y del paisaje
porque tú lo dices: el lugar está hecho
y te preguntas
¿algún día?
y yo te respondo con preguntas:
¿y hoy?
¿y ayer?

. . . III

Existe un lenguaje que tú no conoces
y una nota escondida en alguna melodía
que tú jamás sabrás que existe
y que pasó por el aire inadvertida
existe una sonrisa que tú nunca viste
y que se fue de largo para sola irse
que se estrelló en la muralla de un paisaje cerrado
y ahora yace en el sepulcro de tu indiferencia

porque no fuiste capaz
porque estabas ocupado con tu risa
porque te fuiste
y escapaste al acecho
y eres libre
y eres tú
cada día impredecible

y hay muchos libros que indican con números precisos
la distancia inacabada que construyes
la distancia que recorro por pensarte

y estoy así
en medio del camino y con mi prisa
derrotado en la distancia de tu huida
confundido en el lenguaje de tu risa
dispuesto a escuchar como siempre tu silencio
silencio comprometido de una sonrisa falsa
que sabe decir cualquier cosa
y que por fin no dice nada
y estoy así ya entercado en escribirte
hiriendo el misterio de la noche
para perpetuar la indiscreción de haberte hablado
y esperar a que llegue inesperada
la negada gracia de saber decirte
con la rabia de un injusto fusilado
todo eso que se escapa a la palabra
todo eso que olvida al irse apresurado
el sol que huye de las sombras de la tarde

todo ese inatrevido sentimiento
que me aborda cuando apareces fugaz entre el paisaje
todo eso que sin saber decirlo
me quita la paz cuando te veo.

. . . IV

¿Dónde estás
que aún no llegas
romero de tanta espera?

Ya empezó el llanto del viento
ya se va la luz del día
y yo con mi ansia y mi espera
caminante que no llegas
Se acabaron los reflejos
ya no se ven los caminos
en la negrura del valle
se apagaron los espejos
noche de grillos y estrellas

¿Dónde estás
por dónde vienes
que aún no llegas
romero de tanta espera?

¿Es que hoy no vienes tampoco
y me quedo con la noche
sentado en sombras y sueños

pensando por dónde irás
hasta que se canse el tiempo
de esconder la luz del día
y vuelva a inventar la espera
otras ansias y preguntas
que nunca responderás
por qué todavía no llegas?

No importa que aún te tardes
romero de tanta espera,
pero hazme creer, que no dude
que no piense que te has cansado

prefiero quedarme ciego
de mirar tanto el camino
para no ver que nunca llegas
porque es muy duro pensar
que no has empezado el camino
ni dijiste que venías

Y es que te quiero esperar
aunque no llegues mañana
porque ya no sé otra cosa
que esperarte a todas horas

Y así me paso cantando
mientras veo vacío el camino
¿dónde estás
que aún no llegas
romero de tanta espera?

...V

Si supiera cantar
la melodía triste y alegre
que suavemente danza
mi nostalgia desvelada

si supiera deletrear
las palabras agolpadas
en horas solitarias

si supiera decir
que tu nombre es alegría
que es canción de añoranza
y marcha confusa
de mi funeral medio día

si pudiera incendiar el miedo

GOLDEN GATE BRIDGE

La niebla de invierno,
lentamente,
cae sobre el *Golden Gate Bridge*,

nos lo hurta a la mirada,
lo devora.

Luego el sol desciende
y limpia de inmundicias
el puente

COMO UN RIO

Como un río que se empeña
en volver sobre sus aguas,
hurgo en el sueño mis recuerdos
para no olvidar mi historia.
El árbol se asoma a la ventana
y deja sus hojas amarillas en el cuarto.
El otoño está de regreso,
los días han huido sin saberlo.
En el aire estival se respira
la premonición de la tragedia;
no hay lágrimas,
ya los cocodrilos lloran por nosotros.

SOLITARIO

Solitario,
el *ferry* se mece
a la orilla del Ottawa River.
Luego su silbato gime
anunciando su partida;
infatigable cruza el río,
sólo una nube, de lejos, lo acompaña.

LOS DIAS

Colmados de tiempo
mueren los días,
gota
 a
 gota
 cae la noche
 sobre ellos.

VERSIONES

CARL SANDBURG: IMPRESION DE SUEÑO

El viento azul y oscuro
recorrió los primeros cielos del otoño
sobre los campos cosechados de amarilla luna.
 Dormí, casi dormí,
 y dije escuchando:
Arboles, ustedes tienen hojas que murmullan como la lluvia
 cuando no llueve.

LA GENTE, SI

La gente es cada hombre y todos nosotros.
Todos nosotros somos tú y yo y los demás.
Lo que todos dicen es lo que nosotros decimos.
 ¿Y qué es lo que todos nosotros decimos?
 —fragmento,

WILLIAM CARLOS WILLIAMS: ESTO ES SOLO PARA DECIR

Me he comido
las ciruelas
que estaban
en la nevera

y que tal vez
habías guardado
para el desayuno

Perdóname
Estaban deliciosas
tan dulces y tan frías.

del sigilo prudente

si pudiera ser paloma
y volara
en la tarde asoleada

si pudiera cantarte
decirte
contarte
deletrearte
esperarte

si pudiera
y supieras



Miguel Angel Flores / Escuela Superior de Economía IPN

a Kitty Morgan

LA DESPEDIDA

Abandonamos la casa
arrastrando nuestros pasos.
El viento lamía el polvo de las calles,
aún había rumores de hojas en los prados
y naufragaban las gaviotas en la playa.
Fue una hora propicia
a la despedida.
(La tarde cabalgó
sobre la crin de las olas
y encalló
bajo un cielo oscuro
y sin gaviotas.
Sólo los astros atestiguaron el desastre.)
Entonces pensábamos ya en la primavera,
cuando el bosque recobra su follaje
y regresan las aves que emigraron.
*Los gusanos avanzan, crujen palabras,
algo carcome a la memoria.
El recuerdo rinde sus últimas armas al olvido.*

LA LLUVIA

piensa en la tempestad que lluviosamente lo desordena todo en jirones.

José Emilio Pacheco

El día de nuestro arribo
la lluvia desbordó la fuente
y tejía arco iris en el patio.
Miramos la ciudad envuelta en la tormenta;
la lluvia alteraba el orden de la tarde
y abatía las últimas hojas del otoño.

José de Jesús Sampredo
Escuela de Economía Universidad Autónoma de Zacatecas
INTEMPERIE CONFUNDIDA

entre casas inestables
la respiración se advierte
las piedras tienen una edad deforme
un parque se adentra en otro parque
se alude el pararrayos en la torre
la araña se descuelga
de un candil cansado
un navío estático en la sala
una copa
una estrella
una ronda vuelta a vuelta
cuatro puntos son un piso
un determinado sitio
un mosaico reluciente donde pasta la mirada
de sobremesa
restos de una plática
migajas de un poema
perro que lame la sombra de su cola satisfecho
se rompe la cadena
cae el abrigo
el sombrero cae
la escalera asciende por mis pasos
resuena un ratón en la alacena
el escalón relampaguea
tiembla
vigoriza un rodeo
en una dimensión medida
cae
manántial en desbandada
fusión de polvo y agua
la invención del barro
no es la carne
ayer brindé con una prostituta el gusto por la muerte
brindo solo
ahora
en este curso terminante
a reserva de acabar
punto final
de un despertador que se vislumbra
entre casas inestables
no se distingue el uso de la vida

hierro enmohecido •
 de pie a un lugar
 a un misterio de pétalos sublimes
 la agenda
 es una promesa de alguien
 que nos hace compañía desde lejos
 no el brazo
 la rama del suspenso
 el sillón que se columpia
 en caravanas solitarias
 la invitación que se rechaza sin abrir el sobre
 se dobla la postura
 se modela
 se imita la conducta de la estatua
 intemperie
 el empedrado se acomoda
 velador de mis pestañas
 sinfonía de unas botas que vacilan
 de una flauta alargada
 en el cántaro del prisionero
 el instante
 es giratorio
 su culpa es culpa de otro espacio
 una vez
 un entonces
 son deformaciones del aspecto
 aparecen
 cuando no se buscan
 como un jardín que espera
 la paciente complacencia del que vaga
 del que pierde su horizonte
 indicando al turista
 una dirección determinada
 sólo permanece el hombre en el instante
 el apoyo de la entrega
 el contorno limitado
 intercambio de rincones
 entre casas inestables

LIMITE

En Chapultepec tomé el metro de regreso
Alejandro me dijo:
 hasta mañana
Antes de llegar y estar sentado
como estoy ahora
corría en dirección del surtidor
follaje en cucullas
Se movían las ramas

Los astros eran apuestas encendidas
en la mesa del billar

Encerrado en mi madriguera
el movimiento
siempre en mí
hacia mí todo el momento
Pensaba en las grandes avenidas
Los siglos son ventisca y son arena
Mis actos arden me doy cuenta
El cauce está trazado
el compás la regla
la tinta china es terciopelo
el mapa geografía del desencanto
La brasa encandila al que vuelve a tiempo
Bajo del metro
el pasamanos me detiene
los andenes son tremendos cirios
bocas abiertas con los dientes afilados
Todo es distinto

En Juanacatlán me encuentro
hablando por teléfono
Noé no ha llegado
Salgo
debo doblar la próxima parada
a la Colonia Condesa
a Mazatlán

Aquí esperan mis amigos
Alfredo
sus hijos
una taza de café aguarda
el sofá y el cigarrillo aguardan
Me adelanto
con paso breve crujen las barreras
se desmorona la distancia
Atrás se quedan la estación
el viento
el temor de no encontrar las huellas
Sigo
Me detengo
Reafirmo la característica precisa
reconozco el lugar

Mis pensamientos son luciérnagas
Mi nombre es lengua en otro sitio
en una ciudad cerrada
La sensación
flota en la tarima de mi cuarto
lejos

donde está el tocadiscos
la cama vacía
mis papeles con su capa de abandono
Pero

continúo mi camino aquí
La gente que veré por única vez
por primera vez me ve
Por quinta ocasión en la semana
todo lo mirado es diferente

Acelero
se derrumban las baldosas
se presenta de súbito la casa
Mis amigos están adentro
La amistad está abierta
no es necesario el timbre
Se entra
por todo el aire
Empujo el silencio
suena la imagen que tengo
extiendiendo la alegría
Hola

VENTANA ABIERTA

Gota de la memoria
que desprende un fondo muerto
La paletada
en tumbos de tierra diferentes
Mirador
desde el pico de un palomo
la veo
aspirar el canto
en arroyos de inmensidad
Vibra lo que no se dice
en su piel hincada
Ella
puede ser
un río plantado

El anuncio que maneja la retina
alumbra cada vez que llega
al colchón desnudo
Los cuadros
desclavan sus retratos
y queda el resplandor violeta
de lo que se ha visto
venir de una distancia
a roncar su aliento

La historia es de yeso consumido
no se halla el esfuerzo
la espada combativa
La rama tiene olvidos pegados como moscas
Quiero dejar
el ácido de las promesas
Veo
tu dócil niñez
de senos enredados
en la yedra de una fábula
Si llamo
si estoy despierto y lo veo todo
tendré que callar porque la voz se pierde
Ausente la camisa
la felicidad es una hoja desbocada
Golpe de lo que no se habla
hielo que se derrite
y no se nota
El otoño se despeña
en tus cabellos

Un momento

Ella
puede ser
un río plantado
en la tristeza

ONDULACION INMOVIL

El cielo
Cabe en un grano de maíz
El bosque
Se acomoda sin premura en un pistilo
La sequedad
No es cosa del clima
Un paisaje es la mirada que respira
Un canal
Es un lomo líquido de sonidos invisibles
Hoy vive el presente
La vía
La floración que se consagra
No se desea la fugacidad
Que eleva rápidas esferas diminutas
En la ondulación irreversible
Los montes son monstruos petrificados
Que atrapó un hálito de nieve
La semejanza los concilia
Desde el principio
El tablero de ajedrez se borra

Es la inevitable exhumación

De lo pasado
Nadie en su ritual vacío

Es capaz de disolver el tiempo

El delgado aceite del milagro
La monótona crepitación de la existencia

EXPERIENCIA

Abajo a tierra

Más abajo todavía:

Al cielo

Lámina que se evapora en el tejado

Estanque que aparece y se derrama

Perfume derribado en ataques renovados del smog

Tengo el espacio auténtico

No éste

Detrás

Ni el otro

El intermedio

El que asusto si me muevo

Aprendí la claridad suprema

(No toda por supuesto)

La necesaria

Tal vez lo indispensable

No es cuestión de repetir:

La experiencia cuesta

En esta época

Para tener la certeza suficiente

Hay que conocer un poco del humano Y la hora exacta

INTERROGACION

La luz entra y recoge formales expresiones de tu cuerpo.

Posibles palabras, maneras diferentes, arroyos naufragados en tu sed despierta.

El viento sabe su tarea, su música temprana, su delicada orquesta.

El árbol de la tarde maneja movimientos agregados en tu cuerpo,
reflejos, suave mover tu respiración angosta, embarcar tu mirada
a tierras extranjeras, a visitas extrañas.

¿Adónde se fue el silencio mientras hablaba contigo?

Tú hacías flores artificiales, adornos, sentimientos.

El sábado era un gigante tormentoso que se arrastraba en los rincones.

Tu espejo estaba limpio:

ninguna imagen se había ahogado todavía.
La corriente se deslizaba dando saltos en tus piernas.

¿Qué hacía yo en ese instante?

Tus brazos se movían como las alas de una águila: ordenadamente
midiendo la postura cronológica, palpando las paredes humedecidas
por aquella terca lluvia.

Danzabas alegre, risueña,
contabas las luces de tu cara; te empapabas de tu cuerpo y eras tú.
Conocida y recorrida por edades diferentes.
Recuerdo tus ojos, labios profundos, pozo purificado en hondas
jornadas incompletas.

¿Eras la pronunciación correcta?

Decías unas cuantas sorpresas ingenuas
y tus palabras quedaban flotando alrededor del foco.
Me ardías desde lejos,
desde la almohada hasta la vuelta de la calle;
desde el cenicero abrumado de colillas, hasta el número posible
de tu casa.

En la tercera cuadra, alguien se acuerda de ti.

Alguien murmura tentaciones abismadas en tu ser.

Tú estás conmigo, bailando, soplando,
moviendo a tu antojo el universo.

Afuera nacía un reptil encaminado a todos los rumbos;
los autos eran ruidosas cucarachas que emergían de algún túnel
secreto.

Estaba acostado, veía mi pie alzado como una colina.

Tú permanecías en el centro.

Arreglabas la sonrisa de cada recuerdo, el aroma de momentos repetidos

Contemplada directamente, eras una mueca descifrada hace tiempo.

El viento volvía y acosaba esta estancia.

Estabas aquí, conmigo, tus anzuelos pescaban largos y sombríos
peces de mi pecho.

Sería fácil tocarte, sentir el fluir del firmamento entre tus venas,
chocar con esta emoción al estirar la mano, cerrar los dedos,
y tener un trozo de ti. Un enjambre de tu piel.

Saber que la suavidad es cosa tuya.

Sería fácil conducir tu cuerpo hacia mí, adormecerlo de cansancio
prolongado.

Piensas en la ventanilla abierta como en una fuga a tu memoria,
como en un camino para regresar a tu cuerpo.

Tienes prisa, haces señas que no entiendo, indicas la llovizna
que no cesa de latir. La tocas, la cambias de sitio.

¿En cuántos lugares abunda tu presencia, el fondo de tu carne,
tu espalda inconsistente?

Estamos aislados en diversas ciudades de la noche.

Ahora esta música. . .

La música en el ambiente, sobre el radio a volumen moderado.
Interminable primera vez que se deshace en una ebria eternidad.
Más allá, a un paso de tus senos están mis ojos,
fijos, constantes.

¿Qué hacías mientras recordabas algo?

La blusa permanece en el respaldo de la silla,
tal y como dejaste el corazón de los recuerdos.
No sé que piensas; la meditación te ha conducido al olvido
más sereno.
Quieres hablar, una cita, un compromiso elemental.
Pero el frío entra y toma tu entusiasmo.
Enmudeces, cierras la compuerta a la voz,
a la transparente ubicuidad de la palabra.
Esta hoguera que se enciende es la ciudad.
En ella soy un duende que te asusta,
una piedra que te espera en el camino,
una llave misteriosa con el cuello templado en los objetos.
Miras el viento, la veloz circunferencia del estadio;
la lluvia lejana cambia de mirada según los hospitales que visita.
La música ha callado.
Te gusta callar y estar inmóvil.
Recuestas a mi lado tu perfil, la lluvia nos envuelve,
el techo nos mira, hace frío, demasiado frío.
El vino de tus ansias se evapora.
Se derrama el agua,
esfuma la interrogación qué compraste esta mañana
en aquel puesto sucio del mercado.
Cerca,
te mueves como un tigre impaciente.

¿Qué parte eres de tu nombre?

Arena despertando del mar,
diluvio de una gota reclinada en mi frente,
permaneces desnuda,
desprecias todo lo dispuesto a cubrir tu cabellera.
Unida costumbre, provisión de nuestra historia,
atada a mí por el silencio.
Tu nacimiento fue esta tarde, igual;
con tus ojos recordando en qué consiste la palabra,
mirando a ninguna parte
con tu apogeo en mi cuerpo.

¿Qué día nace el día, el mes de morir en tus otras la vida?

A esta hora indispuesta,
entra el sol helado,
el crepúsculo por el ojo de la aguja
y cobra el marfil oscuro de su trayectoria

REACCION EN CADENA

La vida,
 La superficie entera
Siempre acaba
 Calcinada de viento.
Enardecida la piel por el esfuerzo.
Nace el alba
 En la ciudad de México,
Transportando ocultos pasajeros
 A la condición diaria
De acumular muertes.
Estoy
 De rodillas en mi espalda;
La imagen,
 El arco del futuro,
Todos tenemos un punto que defender.
Insistente,
 Pintado de añil el ánimo,
Me digo
 Los recuerdos
En el sutil confesionario de la esencia.
Medito
 A fuerza
De romperme la existencia en las banquetas,
A estirones de conciencia,
 A patadas en la lengua.
Una tarde,

Se ama la compacta formación
de las estrellas;
Se tienden los planetas como una colcha sobre el ojo.
Acariciamos
Y nos quiere alguien,
 Cuando contemplamos la paz
De una fuente que se tiende
 A la desolada sed del bosque.
Otra noche,
 Acordamos ser un poco taciturnos.
Un poco tibios
 Y un poco humanos.
Acordamos sembrar un aljibe en la esperanza,
 Y sentados al margen de la sombra
Tocamos nuestro rostro
 Como queriendo conocer un poco de todo.
Otra edad —en fin—,
 Y proponemos ser felices.
Buscar el corazón de la manzana
 Y comer y compartir la vida
Con el hambre de la vida.
 Pero nos detiene el tiempo.
La reacción en cadena
 Y la excusa sensitiva
De que tantas cosas
 Son imposibles de hacer en un día.

Irma Judith Lorentzen G. / Colegio de Psicología

OCTUBRE

En una noche
como ésta

 amor
las balas derribaron
a Leopoldo
Rodrigo Alberto

En una noche
como ésta

 amor
yo me quedé
muda
para siempre
y me fui convirtiendo
en odio.

II

Y recuerdo
tus últimas palabras
cuando
la noche
te fue cubriendo
Recuerdo siempre ese adiós a todos
desde
tus labios
quietos
desde tus ojos vacíos
de luz y de viento
recuerdo siempre
ese olor de la sangre
en tu cuerpo
que era también
el nuestro
y no olvido
tampoco
el rugido
de las balas y los lamentos
y aquella plaza

y aquella noche
que trascendían el tiempo.

III

Tus pasos
ya no remueven
las piedras
bajo la luna
tu trinchera
se quedó vacía
ya no se escuchan
los grillos
de tus zapatos
sobre los charcos
que ha formado la lluvia.

Tal sólo un murmullo
nos llega desde lejos
con el viento
y recordamos
entonces
tu cuerpo
tendido en la plaza
para siempre
dándole a cada minuto
su verdadero peso
y sus perfiles.

Tu muerte
fue
un puñado de semillas
para nosotros.

IV

Quiero
empezar de nuevo
cada noche
desde esta gran tristeza
a inventar
el mundo
poco a poco,
a entretejer
ramajes y gorriones
a descubrir
tu sonrisa
triste
a mojarme
un poco

de rocío
cada noche.

V

Cada mañana
quiero contarte
mis penumbras
cada mañana
mis sombras
mis olvidos.
Cada mañana
quiero decirte
el viento
y la lluvia
que moja mis zapatos
y esta soledad
del tiempo
que nos habita
a todos.
Amanecerá
amor
amanecerá de nuevo
para limpiar
de nosotros
el cansancio.

VI

Cuando
los niños puedan jugar
alegremente
con nuestras palabras
cuando se tiendan
en la hierba
y cuenten las estrellas
cuando
retocen
en las olas
y se tomen de la mano
sin distinguos
se escribirá de nuevo
otro poema.

VII

Al caer la noche
un niño
quiso contar estrellas
desmenuzar la arena

entre sus manos
descubrir mariposas
sobre los ríos.

Aquella misma noche
en otro lugar
del mundo
un niño
jugaba con una espada
y perseguía fantasmas
en la huerta
jugaba a que era un soldado
y mataba a otros niños
que eran fantasmas.

VIII

Un niño
quería una estrella
para dormirla en sus juegos
quería el canto del mar
en el caracol de su sueño
quería el viento
para izar un papalote sin cuerda
y quería
al despertar
jugar un juego jamás jugado
y despertó. . .

y encontró
una espada fría
sobre el espejo
un tambor roto
de marchas y silencios
y una estrella
encarcelada entre galones.

IX

Si tuviera tiempo
amor
te haría
un arcoiris
de palabras.
Si tuviera tiempo
amor
derrocaría al tirano
con una epístola
gigante.

X

No quiero
más cristales rotos
a mi puerta
no quiero
tus ojos tristes
cuando se pierden
en el crepúsculo del tiempo
no quiero
las hojas secas
que caen a nuestro paso
destilando nostalgia
no quiero
tanto niño muerto de frío
en las calles de invierno
no quiero
no
ni tambores
ni espada
ni galones
ni este tiempo
absurdo
en que los hombres
se mueren de espalda
a las estrellas.

XI

Después
un grito,
un lamento.
Después
tu nombre y mi nombre
que se tocan
en el viento
como dos hojas secas
en otoño.
Después
la sangre
que corre lentamente
esa sangre
sin cauce
que tanto me duele
y tan adentro.

XII

Cuando
ya nada quede
bajo este cielo
triste y oscuro,
cuando
ya nada quede
sobre esta tierra
yerma y sedienta.
Comenzaremos
de nuevo
a internarnos,
desde tus manos
desde las mías.

CUENTO

EL APRENDIZ

Primer premio

Lucía Rojo / Escuela de Danza

Yo, señor, apaciguo demonios. La gente los trae arrastrando por la cola, o les saltan de los ojos, o por el aliento, como lobos.

Uno piensa en alguien a quien ha visto otras veces, apacible, y ahora repentinamente colérico, resoplante, echando hilos de sangre. La belleza misma de sus rostros, cuando todavía no ha sido por completo devorada, se desploma, y caras que podrían contemplarse como a cristal de roca adquieren de pronto tintes espantables y ángulos de caballos atemorizados. Las mujeres más dulces, los adolescentes más tranquilos, los adultos todos llenos de buenas maneras se desdoblan, encorvados bajo el peso de fantasmas que nadie más advierte, y su queja, suave al principio, mortalmente herida y cada vez más doliente, levanta en vilo a los pájaros, marchita flores, devasta generaciones de insectos. . . hay campos enteros que se agostan. Nadie sabe en qué momento llegará la catástrofe: un simple roce, un rincón de piel, el sonido metálico de una hebilla, una palabra torpe y el monstruo levanta las orejas, fija la vista, afila las garras y se suelta. Un brillo de baba queda, como el reguero del caracol.

No hay escapatoria. La sangre golpetea como un brazo de mar enfurecido. Algunos empiezan a correr, otros se hunden en el pánico, otros se dejan conducir hasta el martirio en una violación feroz de todos los sentidos; su agonía es larga y duradera y marca con cicatrices que uno interpreta como pasos del tiempo. Pero en esta lesión no hay tiempo, el hecho se repite y se repite dentro de un mismo espasmo del cerebro.

Llego entonces. Hipócrita de ademanes depurados, de voz cálida que desprende una como aureola de plácido sonido entre el miedo navegable, comienzo por envolver al paciente. Ante un enfermo indeciso hago resonar el címbalo, de manera que las formas aparezcan y se produzca la crisis y ense-

guida el derrumbe, la quemazón, el aniquilamiento del rayo de luz concentrado en un punto preciso y álgido del escenario. Si, en cambio, el lastimado permanece debatiéndose en medio de sus fantasmas, lanzo el rugido sonoro del desierto y en un vuelco de cristales derivo la atención: hacia el mar, al horizonte, contra el sol mismo girando en el espacio. Como quien funde metales, la lava se desliza hipnotizada, cauterizando.

Aprendí todo esto de mí mismo, porque durante largos años he apacentado mis propios minotauros: aprendí a reconocerlos, a anticiparlos en sus piruetas de locos, a descubrir su escondrijo en los rincones más tenues de la inconsciencia, a detectarlos en el centro de la depresión. Porque he recorrido todos los matices de lo abyecto, sé cómo se comportan. Sé también que debo promover su salida sin tratar de reternerlos, y que una vez frente a ellos no es posible oponerse: provocho la avalancha que los lleve lejos, hacia su propio abismo. Pero hay que saber saltar de costado, justo a tiempo.

Ya no estás ahí, ya no te encuentro. ¿En dónde perdí la visión, la templanza, la posibilidad de calma? ¿Por qué ahora todo es negro como en combustión perpetua y sin llama?

Sé que mi técnica es más bien deficiente, como reconozco que toda solución parcial vuelve a chocar consigo misma. Pero si alguna región desconocida, iluminada desde adentro, aún no está perdida, sé además que será posible, en algún momento llegar hasta ella.

Yo señor, apaciguo demonios. Después no sé qué hacer con ellos, por eso los llevo a cuevas siempre, los de otros y los míos. Presiento cuándo vienen. Un vago olor a podredumbre me penetra y se expande en derredor. Hasta ahora sólo he aprendido eso. Los dioses todavía no me enseñan a exorcizarlos.

EL TENIENTE NO HA MUERTO

Segundo premio

Ricardo G. Clark

Cuando Carrara saltó la barda, aquel invierno de escarcha que no se congelaba, se encontró a Rico, tosiendo de tal forma que se asustó y llamó al médico practicante, aquel de los grandes anteojos y los libracos pasados siempre debajo del brazo. El doctor también tuvo que saltar y sacando su estetoscopio escuchó toser a Rico y dijo: ¡ajá! y con otro ¡ajá! le dijo que se volviera a poner la camiseta sucia mientras pensaba qué le iba a recetar. Finalmente cambió de idea y le dijo a Carrara que lo acompañara. En su casa, de entre una pila de folletos médicos sacó unos frascos y le decía a Carrara: De este frasco una pastilla cada tres horas. De este otro un trago cada cinco. Y al final, en el tono más solemne dijo, sentenciando y sin cobrar, que si Rico no comía bien, ése, justamente ése, sería el último invierno de su vida. Carrara corrió con las medicinas que Rico sólo tomó el primer día porque no tenía reloj, y se le hacía difícil calcular cuándo habían pasado tres horas o cuándo habían pasado cinco.

La leche hervida que Carrara robaba de su casa era tomada a sorbos por Rico, a quien no le gustaba la capa amarilla de nata que se formaba arriba. Más tarde se perfeccionó el método y por la mañana tempranito Carrara recogía alguna botella de leche solitaria que quedaba en la puerta de cualquiera de las casas del barrio. Los otros llevaban lo que podían escamotear de la despensa familiar. Latas de encurtidos, salchichas, pedazos de pan duro, algún trozo de carne hervida. Rico estaba enfermo y escondido en una casa lista para su demolición, que ocupaba la estatua del héroe, amarilla, color orín.

Desde un hueco de la ventana Rico podía ver a los jardineros podando los rosales, o caer las últimas hojas, esas que sólo caen en invierno. Con sus ojos recorría toda la plaza: veía a los escolares a las siete de la mañana pasar para la escuela; a los viejos jubilados leer el periódico y platicar desde las diez a las doce de la mañana. Y recordaba otros tiempos. Poca gente sabía que estaba ahí solo. Sus amigos, los muchachos, le habían improvisado una cama en el suelo, y un hornillo de carbón donde calentaba té, que tomaba en grandes cantidades, como si quisiera beberse, con la tos que lo sofocaba y el dolor de su cuerpo, todo el té del mundo. La gripe se le alivió a la semana, pero Rico seguía sintiéndose débil, de manera que sólo salía al patio interior de la casa, para tomar un poco de sol en aquel invierno macilento.

Finalmente, la madre de Carrara sospechó que el tal gato, a donde iban a parar los huesos que sobraran de la sopa y la leche de la que faltaba más de medio litro, ¡qué barbaridad! y que nunca había visto, no existía. Porque de ser cierto, el animalejo comía como un caballo. Una mañana, después de misa, se acercó a la casa semiderruida y miró por un vidrio roto, viendo el camastro abandonado, pero nada más. Rico, que la había visto llegar, conte-

nía la respiración detrás de la puerta, mientras pensaba, a gritos, ¡vieja bruja, vieja bruja, vieja bruja!

Regresó a su casa e informó a su hijo que no había visto al gato; y le repitió en voz alta *gato*, que estaba *alimentando*, y que en su opinión era innecesario que siguiera *alimentando* a un animal inexistente. Carrara juró y perjuró que el gato existía, pero la madre no le permitió salir con paquete alguno de comida desde ese día.

“A mi teniente, un hombre alto, valiente, de bigotes y muy dado a llevarse con los civiles, lo sorprendieron cerca de la frontera vestido de sacerdote. Parece que ése era el disfraz más razonable para escapar de la persecución que se había desatado, cuando el gobierno descubrió la insurrección. Mucho más tarde yo escuché que sus propios soldados, de los pocos que lo siguieron, lo habían denunciado ante el hecho más que evidente de su traición a la patria, y de algunos pesillos que también suelen circular en estos casos. Fue un juicio sumario. Un domingo a las dos de la mañana lo fusilaron. Un subalterno le pidió a último momento el capote nuevo con que se protegía del frío, explicándole que las balas lo iban a agujerear, y como le dijo, al ofrecerle un trago de ron, sería una lástima que se perdiera tan buen abrigo. Me contaron que el teniente lo miraba, como si estuviera a dos kilómetros de distancia y todo lo que dijera, lo que dijese a los gritos. Se quitó la prenda y se la entregó. Yo podría haberlo salvado, porque aún tenía escondida en el fondo de la casa una ametralladora que había logrado ocultar en el momento del desbande de los insurgentes, pero me enteré del fusilamiento una hora después. . .”

Carrara lo miraba mientras movía con un palo el rescoldo y las brasas del último fuego de la noche. Jimmy y Miguel Angel escuchaban sin pensar. “Era. . . era buena gente el teniente”, decía Rico con frecuencia, como si con las palabras se pudieran borrar los hechos. Pero a quién se le ocurre hacer un levantamiento con unos pocos soldados y la ayuda de algunos civiles resentidos. . . ¡qué locura, qué locura! , finalizaba.

“Cuando me invitaban a sus primeras reuniones clandestinas nunca pensé que la cosa iba en serio. En esos tiempos yo estudiaba y así fue como me conecté con ellos. Cuando vi las armas y al teniente vestido de civil, me di cuenta que la cosa iba en serio, y aunque me dio un poco de miedo, fui los domingos a la casa de campo de Castañeda a aprender cómo se manejaban los fusiles maúser. El teniente era duro. En esos días nos hacía correr unos 20 kilómetros diarios y no podíamos fumar. Tuve ganas de desertar, pero seguí hasta el final. Me resulta difícil describirlo. Era uno de esos hombres extraños, llevaba un uniforme de militar, pero hubiera quedado bien con uno de médico, de sacerdote, de cualquier cosa. Cuando hablaba, su voz era suave, pero sabía putear en buen español, cuando alguno se equivocaba.”

Rico los llevaba por las calles, y entre su imaginación y la de ellos, pudie-

ron trazar, poco a poco, un plano de la insurrección. “¿Ven aquel balcón? ” decía señalando con su mano flaca. “Los marinos pusieron ahí una ametralladora calibre 50, y no dejaban pasar a nadie. Cubrían así la avenida principal. El cuartel estaba a escasos 50 metros.” Miraron el balcón. Estaba ahí, silencioso, pintado de blanco, con un pequeño tiesto que mostraba algo de verde. “Dando la vuelta a la esquina entramos en una casa y nos subimos al techo. El teniente iba al frente, sin temor a las balas que zumbaban como abejas. Esa vez tenía puesto su uniforme y actuaba con precisión, conocía su oficio. Yo iba detrás. Me dijo que era el más destacado en las prácticas, y que debía estar con él. El ruido que hacíamos al saltar sobre los techos de zinc no nos preocupaba. Sabíamos que la gente de las casas estaba tirada debajo de las camas. El teniente vio a los que manejaban la ametralladora, unos niños del colegio militar, y los mató con su pistola. La compañía pudo así pasar y atacar el cuartel.”

—¿Y lo tomaron?

—No, dijo Rico, mirando el cielo.

La madre de Carrara estaba realmente enojada esa vez. Debía cesar los juegos de guerra; no estudiaba y eso lo demostraban sus últimas calificaciones. Finalmente, cedió, dejándole llevar un poco de comida para sus tropas, por última, última vez. Carrara no hablaba mientras recibía el sermón y la miraba con ojos grandes. Estaba segura de que le mentía, pero no podía comprobarlo. Antes de irse le preguntó si sabía algo del vago Rico. Había regresado al pueblo y le preocupaba que se llegara a juntar con él. No. El no estaba enterado. Lo habían visto sí, cerca de las vías del ferrocarril, comiendo junto a un vagón; pero de lejos, él no se había acercado. Ninguno de los muchachos le había hablado. La madre le volvió a recomendar que no se juntara con Rico. Un vago, un pillo, que había vivido mucho tiempo de lo que las gentes le daban. Además, estuvo en la cárcel por haberse levantado en armas. Que se fuera era lo preferible. Los tiempos estaban difíciles.

“Cuando atacaron el cuartel yo estaba en la retaguardia. El teniente me había mandado a que cuidara uno de los puestos tomados, de manera que no supe muy bien, hasta mucho después, qué había pasado realmente en el frente. Supe que Castañeda, el de la imprenta, iba a la cabeza, con el mismo asco y la misma rabia de siempre por las cosas que no le gustaban y que estaba obligado a vivir, como el olor a tinta que sudaba todos los días mientras juntaba los tipos con los que formaba las palabras que le salían casi masticadas.”

Castañeda fue el primero en caer. Su bisabuelo fue el primero que puso una imprenta en el país, con la cual fundó un periódico del que sólo se editaron tres números. Tenía en su taller una foto grande y fea del bisabuelo. A su grupo lo sorprendió un oficial de la marina y siete soldados. Ya en el suelo con una bala en las costillas, que le había destrozado el hígado, disparó y

siguió apretando el gatillo de su arma hasta que las balas de los fusiles automáticos de los marinos le desfiguraron el rostro, frente a la gran plaza, cuyos árboles sirvieron de testigos en aquella madrugada. Lo dejaron ahí, tirado boca abajo, con la sangre en la boca y los puños apretados. Los siete marinos murieron unas horas más tarde, la decisión y el coraje de Castañeda fueron los que lograron un pequeño avance. Al otro día me disfracé de sacerdote y me presenté en el velorio que la policía vigilaba. Castañeda era velado en medio de la imprenta, al lado de sus máquinas. Dije algunas palabras en latín y me retiré, ante el asombro de los familiares que sabían perfectamente que Castañeda nunca creyó en Dios.

Pobre teniente. El era el más culpable, y el que debía haberse salvado, pero así es la guerra muchachos, así es la guerra”.

Todos lo trataban bien porque, a cambio de un poco de comida que matase la eterna hambre que tenía en algún rincón del estómago, les contaba historias de la guerra. Era como recorrer un viejo libro, un libro que hablaba. Haciendo memoria, años después, los muchachos se dieron cuenta de que aquello era importante para los recuerdos, tanto como lo fue la visita con Rico aquella madrugada a la catedral.

La reunión fue a las doce de la noche, hora de murciélagos, de frío, de sombras, de silencio, de ruidos de hojas que caían por el otoño prematuro, de angustia, de cosas que pasan y nadie sabe. Carrara consiguió las linternas. Por un pequeño agujero de la ventilación de los sótanos se metieron. A las doce cuarenta y cinco estaban dentro de la catedral. Llevaban las linternas, sogas y un pedazo de hierro para defenderse, por si eran atacados. Se dejaron tragar por el inmenso edificio que olía a viejo. La luz mostró un camino de polvo en el aire, cabezas de santos rotas, con las ropas de madera despintada, el cuerpo comido por la polilla y los brazos sin manos. Un altar desvencijado, maderas de andamio llenas de restos de cemento y cal, latas de pintura y coronas de flores marchitas. Miguel Angel dijo en voz alta: “casi como un cementerio”. Recordó que en el sótano de la catedral estaba enterrado un fraile, muerto sin confesión, que era el eterno guardián del inmenso edificio. Carrara dijo en voz alta que ésos eran cuentos de los curas; la gente dice muchas cosas que no son ciertas. Rico, que marchaba al final de la columna, sintió que le tironeaban del saco, pero al darse vuelta no vio a nadie. Cuando le volvieron a tirar se dio vuelta y vio al teniente. Era un teniente de ojos tristes, con una gran flor roja en el pecho, por donde habían entrado las balas. Con calma Rico pasó al frente de la columna y pidió la linterna. Les preguntó si no era preferible salir a tomar un poco de aire fresco y volver a entrar luego. Los sótanos cerrados como ése no dejaban de ser un problema para la salud. Además, podía llegar la policía. El creía conveniente salir, salir cuanto antes, lo más rápido posible. Comenzó a correr con las últimas pala-

bras, tropezando con las flores viejas, el altar desvencijado, los santos despirados, las cruces sin uso y sin sentido, cayéndose, lastimándose, volviéndose caer, y buscando con desesperación aquel pequeño huequito en la pared que le permitiría salir y que lo liberaría de aquel horror.

Luego supimos, cuando la redada de civiles, que los primeros en caer en manos del ejército fueron los taxistas. Muchos fueron ejecutados sin más, al comprobárseles que portaban un arma.

Revisaban el vehículo, si tenían aún algún arma del ejército, los hacían descender, colocarse contra una pared, como si los fueran a revisar, y así, sin más, a una señal secreta del oficial a cargo de la patrulla, apretaban el gatillo. Una ráfaga de ametralladora hacía saltar la sangre del lugar donde las balas penetraban. Así murieron muchos, fueron trasladados a los hornos crematorios de los cuarteles, para que sus cuerpos, convertidos en cenizas, no fueran encontrados jamás. Los vehículos eran arrastrados por un camión hasta el cementerio de automóviles de la ciudad y escondidos debajo de una pila de chatarra. Meses más tarde, al remover los fierros oxidados, los encargados del depósito encontraron algunos de los vehículos. Y todo esto —repetía Rico— no hubiera ocurrido si alguien, no se sabe quién, no hubiera denunciado los planes del levantamiento. Todos los que participaron en el ataque al cuartel de policía fueron ejecutados, excepto yo. Pensábamos con Castañeda que esa era nuestra última oportunidad. No habría otra, los dos habíamos pasado la edad en que las cosas se hacen. La toma del gobierno, con la ayuda de la guarnición que a último momento no se plegó, era lo único que podía asegurarnos un puesto diplomático en Europa. Mi idea era ser agregado militar en París o Londres. Me lo habían prometido de antemano si ayudaba. Créanme, hice lo posible, pero el destino no lo manejan los hombres. Son las cosas las que se mezclan y se vuelven a mezclar la causa de nuestra impotencia.

Exactamente cuál había sido el papel del vago Rico en la insurrección del año treinta y dos, nadie lo sabía. Pero todos tenían la idea, la sensación, el sentimiento, que buscarle un poco de comida era importante, quizás como la única forma de conservar a un ser que venía de un mundo distinto al cual ninguno de ellos había pertenecido jamás.

Cuando Rico murió, un año después, lo supieron por boca de un amigo común. Carrara compró aquella mañana el periódico y allí, al pie de una página, estaba la noticia: "La policía recogió anoche el cadáver de un indigente, que fue identificado como el del famoso vago Rico, fue encontrado con un balazo en la sien izquierda, al lado del monumento del héroe. Llevaba en el bolsillo derecho de su saco unas cartas ininteligibles. Estaba sin zapatos y con el arma a la vista. Rico fue —decía el periódico— el único sobreviviente de la sublevación civil del año 32, y el que informó al gobierno de los planes secretos fallido levantamiento."

NODRIZA ESPACIAL

Tercer premio

Luis Rodríguez / Facultad de Ciencias

Una flor —contesté, la voz saturada de inseguridad y cansancio—, sí. . . me parece una flor.

De nuevo la voz que parecía provenir de todos los puntos del pequeño cuarto me recordó no añadir comentarios a mis respuestas, puesto que la prueba se hacía simultánea a otros solicitantes y la computadora central perdía algunos milésimos de segundo en discernir claramente la respuesta.

El manchón que yo había relacionado con una flor se desvaneció de la pantalla y uno nuevo vino a substituirlo.

Un cierto desasosiego me invadía al pensar en los complejos mecanismos que esperaban por mi respuesta. Desde los sensibles micrófonos del cubículo hasta los discos magnéticos de almacenamiento pasando por la traductora “lenguaje hablado-escrito” y la selectora encargada de eliminar lo superfluo, todos quedaron indiferentemente a la expectativa, como preguntándose por qué a nosotros nos tomaba varios larguísimos segundos algo tan sencillo como un reconocimiento de patrón. Oscilé la cabeza de un lado a otro tratando de buscarle a la difusa forma un nuevo ángulo, una faceta no apreciada antes. Finalmente decidí que si eso tendría que ser algo, sería una estrella. Así se lo hice saber en voz alta a los dispositivos audiosensores que a su vez se encargarían de comunicárselo a sus hermanos mayores. Iba a añadir que también me parecía un erizo, o un cráter, o. . . , pero recordé todo lo referente al valioso tiempo de máquina y preferí callar. La negra circunferencia de la cual huían pequeños tentáculos se esfumó de la pantalla en igual forma que lo habían hecho los veinte o treinta —ya había perdido la cuenta— anteriores manchones. Esperé la aparición del nuevo prometiéndome ser esta vez más preciso, más acertado. Pero la esperada figura no apareció, y el estímulo negado a mis ojos fue concedido en cambio a mi oído al sonar una vez más la ilocalizable voz:

—La prueba ha concluido. Pase al Auditorio a esperar los resultados.

Al fin. Recorrí con la vista la aburrida monocromía de las paredes del diminuto recinto, sólo rota por la pantalla de televisión empotrada frente a mí. Una puerta corrediza, indistinguible del resto de la pared en la que se hallaba, se deslizó rápida y silenciosamente dándome acceso a los pasillos del exterior. Ya traspasada se cerró con la misma eficiencia que había mostrado instantes antes y en un artificial mimetismo se fusionó de nuevo con la pared. A todo lo largo del pasillo se repetía la misma escena. Decenas de solicitantes abandonaban los cubículos de examen y sabía que el verles la cara sería como mirarme en un espejo ya que todos habíamos compartido las mismas ago-

tadoras pruebas y bastante tenía con oír el sonido de sus cansados pasos. Con la vista fija en el piso me encaminé con ellos hacia el Auditorio.

Ahí había comenzado todo cuatro días atrás.

*

El primer día de la prueba se inició con una reunión general en el Auditorio. Algo más de trescientas parejas entre las cuales nos encontrábamos Julieta y yo. La peculiaridad del Auditorio era la disposición de sus asientos: se hallaban colocados de dos en dos de modo que cada pareja quedase un poco aislada de las demás. El instructor nos repitió lo que ya todos sabíamos; no en vano es la prueba de selección de los más aptos el evento más importante de nuestra sociedad. Se disculpó diciendo que lo hacía para “ampliar conocimientos y borrar prejuicios” y porque “era parte de los reglamentos”. Como quien dice, las reglas del juego. Distraídos nosotros y aburrido éi, recordamos. El “boom” demográfico de la década 2030-40. El caos total al no poder ya la Tierra sustentar a sus numerosos hijos. Una proyección de viejas películas enfatizaba sus palabras al mostrarnos muchedumbres hacinadas esperando la muerte por inanición. O escenas de saqueo y violencia, porque alimentos había, pero no para todos. Entonces, montada en brioso corcel de patas de tubo de ensaye, tronco de acelerador nuclear, y cabeza de computadora llegó la ciencia al rescate trayendo en sus manos su última realización: el esterilizante universal para añadirse a los suministros masivos de agua.

—Esto —continuó el instructor— llevó al problema que nos reúne. Limitarse a detener en seco la explosión demográfica conduciría a la extinción de la raza (en la pantalla escenas de la sección de maternidad de los hospitales totalmente desiertas) obviamente el camino a seguir era permitir a una minoría seguir reproduciéndose. Las pruebas de selección artificial fueron la solución. No sólo se controlaría la población, sino que se le purificaría permitiendo reproducirse tan sólo a los más capaces. La naturaleza lo había hecho así con todas sus especies, salvo una, y ahora ésta se lo imponía a sí misma. Como era de esperarse hubo alguna oposición al plan (proyección simultánea de mítines con individuos portando cartelones en los que se leían cosas como “Creced y multiplicaos”, “Reproducirse es derecho inalienable”) pero el alivio producido al pasar el tiempo por la disminución de población acabó por convencer a todos.

—Las pruebas que van a pasar —concluyó— evaluarán sus capacidades tanto físicas como intelectuales y autorizará a las parejas más aptas a reproducirse mediante la aplicación periódica del antídoto para el esterilizante universal.

Luego, las pruebas. Antropometría. Reflejos. Análisis de fluidos. Tests sicométricos. Exámenes en pareja y exámenes individuales. Escritos y hablados. Cuatro días en los que fuimos medidos, evaluados, analizados, estimados.

*

La computadora central había ya concluido y reportado los resultados en las hojas que traía el nuevo instructor. Comenzó a leer de ellas los nombres de las parejas que serían autorizadas.

Los nuestros no estaban entre ellos.

*

Julieta y yo casi no nos hablamos en los días siguientes a la conclusión de la prueba. Quedó sembrada la duda de cual de los dos había fallado o si an

bos lo habíamos hecho, porque esto nunca se nos revela; la prueba es por parejas, no individual. Pasamos la mayor parte del día en nuestro pequeño cuarto leyendo o mirando el televisor. Las excepciones son cuando bajamos desde el elevado piso a los comedores y servicios sanitarios públicos. Al igual que la mayor parte de la población mundial no realizamos ninguna clase de trabajo; el avance cibernético ha logrado máquinas que explotan de manera muy efectiva todos los recursos terrestres.

Me consuelo pensando que dentro de un año tendremos otra oportunidad, aunque sé que una pareja rechazada tiene muy pocas probabilidades de lograr la autorización en un intento posterior.

*

Una mañana recibimos el folleto. Constituyó un pequeño acontecimiento debido a lo raro que es recibir algún tipo de información escrita. Siempre se nos da por televisión y así no hay desperdicio de papel. Quienquiera que nos lo enviase debería de tener muchos recursos.

Resultó ser una compañía de nombre TENGA-UN-HIJO, S.A., que al parecer proporcionaría a las parejas rechazadas una oportunidad de reproducirse. Las palabras con las que comenzaba el folleto eran casi un slogan: "No permita que la situación actual lo prive de realizar el más noble deseo ancestral del hombre."

"Nuestra compañía —continué leyendo— le ofrece la forma de lograrlo."

Después venía una serie de explicaciones científicas.

"De acuerdo a los cálculos probabilísticos realizados por los astrónomos de todo el mundo deben existir, tan sólo en nuestra galaxia, varios millones de planetas que podrían ser habitados por el hombre, esto es, planetas con características similares a las de la Tierra. La raza humana no ha podido extenderse hasta ellos por dos razones, una tiene que ver con la cantidad de masa a transportar y la otra con el tiempo que requeriría el transporte. En otras palabras, no existen ni se pueden construir suficientes naves capaces de transportar al número de gente deseado y aún en caso de haberlas no sería posible sustentar en el interior de ellas a los cientos de generaciones que nacerían y morirían mientras la nave alcanza su objetivo. Las técnicas de hibernación no permiten aún la suspensión de un ser por los cientos, miles, o quizá mayor cantidad de años que podría durar el viaje."

"Pero en cambio sí es posible conservar indefinidamente tanto los espermatozoides como los óvulos, así como obtener seres humanos en laboratorio. En base a estas posibilidades nuestra compañía ha comenzado la construcción de una nave que llevará, perfectamente conservados, dos millones de recipientes cada uno con muestras genéticas de parejas solicitantes. La obtención de estas muestras se hará en nuestros laboratorios mediante permiso especial. Sin tripulación humana pero provista de los aparatos adecuados la nave localizará sistemas planetarios semejantes al nuestro y ya en sus proximidades enviará módulos a indagar sobre la habitabilidad del planeta. Comenzará investigando el sistema Alfa-Centauro, y en caso de obtener resultados negativos continuará vagando por los espacios interestelares siempre a la busca de un planeta habitable. La durabilidad de sus motores iónicos le permitirá hacer esto por miles de años si fuese necesario."

"Una vez localizado el planeta adecuado, la nave se pondrá en órbita alrededor de él y los robots-nodriza elegirán al azar muestras para colocar en las cien incubadoras de la nave. Ésta generación crecerá y será educada a bordo de la nave y llegado el momento adecuado descenderán a colonizar el planeta. En unas decenas de años estarán industrializados al grado de poder hacer

más incubadoras e ir dando salida a las otras muestras que a su vez se encargarán de ir poblando el planeta.”

Este era en síntesis el plan porque después se desmenuzaba cada uno de los puntos a conciencia. Concluía el folleto con una corta perorata:

“Lejano en el tiempo y el espacio, pero ustedes tendrán un hijo, consciente de su origen y de quiénes fueron sus padres.”

Todo esto por quinientos cupones de racionamiento.

*

El plan me pareció primero grotesco. Después loco. Luego, divertido. Quizá algo interesante.

A los pocos días comenzamos a discutirlo seriamente entre nosotros. Averigüé entre las parejas conocidas de nuestro edificio que habían recibido folletos idénticos y que también habían pasado por similar gama de reacciones. Es curioso que consideremos formalmente una idea que hubiese horrorizado a gente de hace cien o doscientos años, pero es que ninguno de ellos se vio enfrentado a la disyuntiva a la que nos enfrentamos nosotros. En otros tiempos un hombre podía perpetuarse en el arte, en la ciencia, incluso en el deporte. Influir en el curso de otras mentes. Y fallando en estas actividades, recurriría a reproducirse, para legar a sus hijos sus ambiciones y esperanzas fallidas. A nosotros se nos niega toda posibilidad. Es como caminar en la arena y volverse para no hallar ninguna huella de nuestro caminar.

*

Hemos sabido de varias parejas conocidas que han aceptado el plan. Supongo que nosotros también acabaremos haciendo lo mismo.

*

(Del diario magnético que lleva la computadora de *Nodriza Espacial*.)

“Sexto planeta del sistema e-Casiopea, transcurriendo el año 3507 (duración terrestre) de nuestra partida de la Tierra. Nacimientos registrados durante hoy:

756460. Mujer. 3.26. 42. Padres.

.

.

762725. Hombre. 3.82. 49. Padres: Manuel y Julieta Martínez. Perfecto estado de salud. Características:

DEL JUEGO DESPUES

José Joaquín Blanco

Mención

Bueno, si usted quiere, podemos
pelear todavía otro poco.

Proust

1

Ariadna, mesándose el cabello, gime entre su lamentable coro de planideras. Teseo logra incorporarse, en su nave, al horizonte. Y Minotauro, en los últimos forcejeos con la muerte, salpica de su sangre los muros antiguos del laberinto: la dimensión del juego. Por su parte el coro, enfurecido, grita: ¡Teseo, Teseo, hombre indeciso: vuelve! ¡No sea que pronto tengas que arrepentirte! ¡Sin pareja no hay laberinto! . . . Un rumor de caracoles juiciosos apaga la escena y las facciones inapelables de los jugadores —máscaras confundidas— se disuelven para situarse, con el atalaya, desde otro punto de vista.

2

—¿Te gustó el principio, amor?

—No está mal: dos son mundo; uno tal vez universo.

—¡Qué gusto por hacer frases!

—Olvídalo.

—¿En qué piensas, eh?

—Qué extraño todo esto: me siento ya un poco muerta, sabes. Lo dicho: después del amor, la soledad.

—El desamor.

—¿Después de la soledad, el amor. . . ?

—Como quieras. . . ¿No te puedes callar?

3

Aquella mañana desperté a la hora de costumbre y no me atrevía a levantarme. El sol se filtraba por las cortinas y en la semioscuridad del cuarto había un olor a cosa extraña. Cerré los ojos y quise volverme a dormir: no tenía sueño pero me sentía cansada y muy aburrida. La cama era demasiado ancha y el cuarto grande y desconocido. Como una habitación de hotel en una ciudad lejana que, sin embargo, recuerdo haber visitado alguna vez.

Tú te habías ido y tu memoria persistía en instalarse en ese departamento que habíamos amueblado juntos, poco a poco, gozando cada nueva adquisición, cada detalle que tenía que conquistar a base de tiempo la familiar indiferencia de las otras cosas. De pronto, me sentí fría y el contacto de las sábanas y mis piernas me obligaron a imaginarme participando ya de mi propio funeral. Pero eso no duró mucho y por fin salí de la cama para bañarme, vestirme, ir a pasear un rato.

— ¡Palabras, discursos, prosa infame! Si, con una chingada, nos separara algo. . . ¡Ilumínate! Habla: estiremos el tiempo y quizás desde los extremos podamos respirarnos a gusto

Mis días transcurren esperando a los que pasan y cuando los tengo cerca insinúo mi necesidad de amor con delicado enigma. Siempre he sido la mujer fea, pero tengo en mis manos el destino de la ciudad y ocupo mi tiempo en tejer y destejer mis venganzas posibles. Los ciudadanos me echaron fuera y ahora ven que ningún agravio queda impune y menos dirigido contra la carne sedienta de una mujer como yo

sí, el tiempo: el tiempo seco y desolado me acompaña y, junto a él, conviviendo entrañablemente, todas mis invenciones

he dejado de tener miedo desde que se me prohibió compartir mi cuerpo

y ahora ellos, los que me temen, los que me desconocen vigorosa y ya no quieren recordar mis facciones de suplicante, haciéndose los desentendidos, quieren ganarse la tranquilidad con el sucio comercio de sus cuerpos; pero quien lleve falsa conversación nunca comprenderá mi enigma

¿Qué me pasa? ¿Por qué este desasosiego? Este pulular de inquietudes por mi piel que me hace sospechosa a mí misma

¡Estate precavida, ahora viene la prueba de fuego: cuando ya eres anciana, cuando tu carne se ha secado a fuerza de virginidad. El momento está próximo: ya viene ese apenas adolescente, desconsolado y ansioso de protección: enardecido como tú y, como tú, violento. Ambos trazados con la mala tinta del desamor. No verá tus arrugas, ni tus senos flácidos, ni tus facciones grotescas. ¡Ven, apresúrate! Tendremos nuestro connubio en esta tierra de mentiroso sol

pero ay de ti, pobre muchacho, niño, la desgracia nunca dejará de perseguirte: una vez satisfecha mi ambición moriré complacida: sin embargo, sé que mi espíritu de muerta no soportará la recompensa ofrecida a mi vencedor y cuando me recuerdes, cuando estreches en otra mis senos maternos, me encarnaré en la venganza definitiva

pero no huyas del destino, muchacho, ya sabré complacerte con el arte que ha inventado mi tiempo de espera, mis años de virginidad: niño, tú resolverás mi enigma

— ¡Esos pendejos! Ahora nos pudriremos juntos.

— Nos respiraremos uno al otro: nos fundiremos y compartiremos del todo nuestros cuerpos: por fin, sin trampas ni reticencias.

— ¿De veras?

— ¡Oh! Me siento débil, pero no estoy cansada.

— Yo tengo cosquillas en la lengua, ¿pruebas?

— ¡Mujer! Si algún día te vuelvo a encontrar, le dije, te dejaré ir de nuevo. Ella no comprendía nada y miraba impaciente su reloj de pulsera. Habíamos escogido una playa tranquila, bien alejada del puerto, donde el sol parecía

caer con mayor fuerza y el sudor se transformaba burlonamente (no te la pierdas) en una comezón pegajosa que recorría todo el cuerpo. Me limpié el sudor de la frente y bebí un poco de la cerveza.

Yo no la miraba. Intranquilo, molesto y un poco borracho, me quité la playera y fui a nadar un rato. Mi cuerpo se notaría apenas por la interrupción de las olas, cortándolas, quizás desviándolas imperceptiblemente. El cielo y el mar más que azules, estaban: su ausencia de color y el aroma marino que ella nunca podría apreciar como tú (y sobre todo el de esa playa casi desierta) ya estaba anticipando la despedida

HIP, NO: RIP

—Perdóname, nunca más intentaré atraparte en el recuerdo: te dejaré ir y ya no te diré ninguna cosa; tal vez el saludo breve con que nos cruzamos alguna vez confirmará nuestra indiferencia.

Esto le había dicho en el coche, mientras ella esperaba que por fin se me ocurriera cerrar la boca para encender el radio. Apenas lo hice, ella se puso a llevar la música moviendo todo el cuerpo. Y sus contoneos sensuales, la deliciosa tonadilla con que acompañaba los instrumentos lejanos, la sonrisa exacerbada que era la única conversación; todo eso cruzó rápidamente por la carretera, por el campo, y se instaló sobre la arena. Así, con naturalidad: con la misma exactitud espontánea que usamos al conocernos una tarde en el malecón.

Regresé jadeante y listo para el viaje. Tomé la toalla y mientras me secaba le pedí que recogiera las cosas que habíamos puesto sobre la mesita de madera que nos había llevado el chamaco moreno a quien, luego, le pagué las cervezas. Caminamos al auto sin decir palabra: era como un rito funerario, nadie se atrevería a quebrantarlo y así llegamos al puerto. Sin mirarnos ni una vez a los ojos.

7

Nos encontramos de pronto tú y yo solos, en el laberinto; aprovechando que te distrajiste me alejé y me perdí por un rumbo diferente. Me gritabas, perdiéndote más al buscarme y yo sentado, fumando tranquilamente, me hacía el sordo. Por fin respiraba a gusto. Me habías metido en tu laberinto doméstico y toda mi libertad consistía en escoger, exceptuando las horas de la noche, entre la sala o el estudio. A veces me atrevía a salir un rato a la calle; exponiéndome a varios días de silencio enfadoso.

—Te quiero mucho —gritabas.

—Ya lo sé —me decía.

—He sido muy posesiva, lo comprendo, pero cambiaré.

—¡A otro con esos cuentos! —y me sonreía al levantar el tono de voz del pensamiento.

—No voy a poder vivir si no estoy contigo.

Me exasperé y no pude contenerme:

—¡Yo sí! Soy una persona completa, ¿sabes? Tengo mis dos pies, mi boca, mis manos. ¡Estoy fastidiado de ti! De tu sujeción melosa y...

Me atrapó. Siguió el hilo de mi voz y me halló. No quise resistirme y al rato me encontré nuevamente en casa.

Luego supe que ella misma había edificado también ese laberinto.

8

Pensé cambiar el decorado del departamento, vender algunos muebles para sustituirlos por otros que tú no podrías ni siquiera imaginar. No me caería mal del todo dejarme crecer el pelo y mandarme a hacer nuevos vestidos.

Pero desistí porque eso picotearía a la memoria, perpetuaría la angustia que había sentido en el panteón, cuando los sepultureros, después de tirar la caja en la fosa, echaron las primeras paletadas de tierra con un ruido lamentablemente hosco.

Entré a desayunar en una fonda llena de espejos. Sentada, mirándome de reojo, me di cuenta de que seguía siendo la misma: pelo castaño corto, cejas gruesas, ojos grandes, nariz afilada y esa particular línea de labios que a ti te gustaba acariciar cuando, satisfechos y exhaustos después de hacer el amor, mudábamos nuestra joven violencia erótica por una ternura casi infantil.

?

La mesera me sirvió café con leche y bizcochos. Era alta y cojeaba. La pierna derecha, más delgada, se protegía con una venda enrollada desde el tobillo hasta la orla del vestido (correctamente negro, con algunas florecillas blancas: de sirvienta). Y se me ocurrió, aunque no era el momento adecuado para esos recuerdos, que estaba jugando un poco a la prolongación de la rayuela, como los niños-adultos, brincando con precisión solemne, tiesa, de mal resorte.

9

La camioneta funeraria estaba casi vacía y nos contagiaba esa ambigua sensación de malestar que se produce la víspera de los grandes acontecimientos: esa atmósfera de inquietud agazapada, de silencio sospechoso: ese flujo extraño al que Luis, dos asientos adelante, podía vencer con su rumor como de mar. Por otra parte, las tiendas y sus aparadores; los anuncios de neón que comenzaban a encenderse; las personas que corrían a refugiarse bajo toldos y aleros; el chofer que nos miraba distraídamente por el espejo mientras esperaba la señal del agente de tránsito apostado junto al semáforo descompuesto que nos confundía irradiando estúpidamente con sus tres luces. Luis volteaba sin escrúpulos, irónicamente. Y ese sentirnos a nosotros mismos como actores de uno de esos films que comienzan con una visión melancólica de la tarde mientras se sobreponen a las figuras grandes letreros. Y así, mirándonos fijamente —tú y yo— con la falsa seguridad de quien relee una novela policíaca o filma la escena crucial de una comedia de enredos que ya conoce, vimos que Luis, sosteniéndose en los bordes de los asientos vacíos —sólo las dos parejas de nuestros padres, Luis y el chofer nos acompañaban— venía hacia nosotros.

Se sentó en la butaca contigua.

—¿A poco le eres fiel? —me preguntó.

Decidimos tomarlo por sacrílego: impertinente, además: no le hicimos caso, ¿eh?

10

—¿Amor es más laberinto?

11

Aunque las luces de los edificios escurrieran al mar y se reflejaran un poco, por su viaje, en la superficie, antes de bajar a compartir el regocijo de los peces profundos, nos miramos y cada uno reconoció en el otro su propia búsqueda, aunque habíamos cambiado mucho. Nos saludamos y fuimos a pasearnos por la calle principal, adornada por dos hileras de puestos humildes con dulces, objetos regionales, ropa y tarjetas de panoramas. Le compré un ancla de plata y ella —juntos en el Misterio— me regaló un caballito de mar (¿por qué no habíamos de mirarnos, de abrazarnos, a pesar de la convención

antigua, si ambos eramos visitantes y visitados?). Los barcos que acababan de llegar al puerto, con sus nombres absurdos: *El perro*, *Lupita*, *Frenesí*, competían en juego de luz y viajeros. Pero nosotros, nuevamente desconocidos en el encuentro, mirábamos desde una banquita de mampostería.

12

Fui luego a pasear a Chapultepec. Recorrí avenidas y andadores que entonces, una mañana cualquiera en día de trabajo, vacíos de gente endomingada, tenían un aspecto de paisaje artificial. Era un bosque y no el parque recreativo que tenía cuando niña. Me compré un helado y me puse a tararear una canción de moda que acababa de escuchar en el radio de un muchacho, posiblemente estudiante, que no quería ir a la escuela y se había ido a gastar allí las primeras horas de la mañana —había que salir temprano de casa, lo sabes, para que mamá no se diera cuenta.

—Al grano.

Eran apenas las once y el lago estaba tranquilo. Alquilé una lancha y tuve una hora muy apacible, remando por las orillas, cerca de los barrenderos que recogían papeles, hojas secas, botellas de refrescos y cervezas, una pelota desinflada y un zapato de mujer que yo todavía había visto, desesperadamente, flotar.

Acostumbrábamos ir los domingos al campo. A veces solos, a veces con los suegros y casi siempre con los amigos. Llevábamos tortas, refrescos, ron o tequila y nos tendíamos a la sombra, después de excursionar un rato o de haber corrido un juego —juego, que nunca se sabía cuál era: empezaba como fútbol para terminar en una persecución que revivía de algún modo aquellos juegos infantiles de personas encantadas.

Aquí sonreí, tal vez contenta.

Nos conocimos en una reunión: discutimos, cantamos, hicimos chistes y bromas, oímos música y bailamos un buen rato. En la madrugada, al despedirnos, ofreciste llevarme a casa pero mientras recorríamos las avenidas (como iluminadas para nosotros) preferimos salir y ver cómo amanecía desde las afueras.

¿Luego? Muchos paseos así, frecuentes visitas a hoteles curiosos, antiguos, pintados de azul o verde claro, con antesalas vacías de muebles forrados con piel negra; cuadros que nadie quería ver: paisajes, bodegones, rostros de muchachas francesas muy siglo XIX. Siempre, ahora que recuerdo, había una sirvienta limpiando el piso. Los jaboncitos junto al lavabo —pequeños para que nos los robáramos sin remordimientos— habrían de unir la memoria. ¿En qué hotel estaba esa toalla azul, con letras negras?

ESTA TOALLA FUE ROBADA DEL HOTEL. . .

¿cuál? No cabe duda, estoy perdiendo la memoria; pero la metí bajo el abrigo, extendida en la espalda, y cuando preveíamos que algún amigo usaría el baño del departamento no olvidábamos dejarla ostentosamente en el toallero:

EstaToallaFueRobadaDelHotel. . .

¿cuál?

Nos casamos después de año y medio: ajá.

13

Luis me tomó de la mano y bajamos juntos de la camioneta. Me llamabas desde tu lugar con las marros en bocina y toda la tarde era como la presencia fugitiva de nuestro sueño de independencia, como un nuevo cuerpo del amor que brota de repente rompiendo la moldura fija que lo cubre. Luis me besó la mejilla y alcanzamos a mirarte y eras, con el rostro adherido al cristal de la

ventanilla, como una estampa de sorpresa y de indignación.

Al día siguiente me desperté al lado de Luis y, sin embargo, tuve que despedirme: hice mis maletas y regresé a casa: había cubierto mis orejas con la cera prudente y pude llegar a tu comprensión: después de colocar mis maletas en el suelo, como si fueran cajas de comestibles, dejé el abrigo sobre un sofá y me dejé conducir cariñosamente a la recámara.

|

14

Te dije adiós y no quisiste contestarme. Quizás la vi por el espejo (aunque, bien mirado, sería transgredir las reglas del juego) y repasé por última vez su figura: pelo castaño corto, cejas gruesas, ojos grandes, nariz afilada y esa particular línea de labios que me gustaba acariciar cuando, satisfechos y exhaustos después de hacer el amor, jugábamos a la ternura infantil.

|

Avanzaba en mi coche por rutina, me dolía la cabeza y los ojos se me cerraban de sueño. Siempre que bebo cerveza me pasa lo mismo y, además, pierdo fuerza: se me filtraba a la mente lo que no quería recordar. La primera noche, en el hotelito, me pasó lo mismo y así (¡la toalla!), un poco inconscientemente, había hecho el amor a través de sensaciones nuevas.

Entonces me acordé de la muchacha en la carretera. Era muy joven y algunas veces parecía bonita. Llevaba su mochila a la espalda y vestía pantalones azules, rompevientos y un paliacate rojo anudado al cuello. Platicamos durante el trayecto y no hicimos cita ni cuando la dejé en un sitio de taxis, cerca del malecón.

|

—Era muy otra cosa— pensé.

Tomé la autopista al leer el letrero misterioso y sentí que era cómodo regresar a las costumbres, a enfrentarme a la vida cotidiana que había escogido hacía mucho tiempo; pero ahora bien solo y rencoroso y seguro de no hallar puerta escondida.

—¿Vienes sola?

—No, venimos en grupo: somos doce cuates; pero cada quien se consigue un aventón. Quedamos en reunirnos en el Hotel. . .

¿Cuál?

—Es más exitante —prosiguió—, más vivir las vacaciones. Si yo quisiera. . .

Y le escuché voz funeraria: tristeza cínica: ánimo derrotado y un poco viejo.

|

Apenas llegara al departamento iba a recibir una llamada telefónica y yo no quería que se repitiera el cuento por mi culpa. Pero, de cualquier modo, me habían echado de la escena. Definitivamente fuera del juego, a no ser que accediera a representar el último acto: el después del juego.

|

—Eso nunca —pensé, convenciéndome.

Porque la esquila y el velorio, la carroza solemne de la institución (y la presencia mala de Luis), las facciones aquejumbreadas de los amigos y de los parientes me habían desanimado y nunca (¡nunca, lo oyes!), aunque te pusieras a perseguirme con tu infalible oficio: la técnica del mimo, aunque no te apartaras ni un momento de mi memoria, iría a petrificar el sepulcro: convidado a fuerzas.

—¿Ya llegaste, amor?

—Tú qué crees. . .

— ¡Ay, qué sangrón! Una pregunta tan natural. . .

Colgué la bocina y sinceramente no me acordé de la playa ni se me ocurrió sacar de la maleta el caballito de mar que me habías regalado en tu visita.

R.I.P.
CARMELA Y ROBERTO
28 de DIC. 1970

10

Acababas de terminar la carrera y estabas trabajando en la compañía de seguros. Yo nunca fui buena estudiante y aproveché la oportunidad para dejar los estudios definitivamente. Entré a trabajar a la agencia de noticias.

Era lo ideal, pensábamos, cada quien vivía independientemente buena parte de nuestro tiempo; compartíamos las tardes, las noches y los días de fiesta. Así, nunca encontramos que nos faltaban cosas qué decirnos.

Ibamos al cine dos o tres veces por semana y luego cenábamos algo en la calle. Más que de esposos nuestro comportamiento era el de dos jóvenes camaradas que no se resuelven a acostumbrarse de fijo: por eso, teniendo ya el departamento, muchas veces pasábamos la noche en moteles, fuera de la ciudad. Pero nos íbamos identificando y nos dábamos cuenta de ello; dejábamos que las cosas siguieran su curso —ellas saben su onda mejor que nosotros— cuyo principio, un poco sin querer, les habíamos impuesto. Sin embargo, cuando uno avisaba por teléfono que iba a llegar muy noche, por ejemplo, porque había encontrado a un viejo amigo y quería conversar con él, el otro hacía como que se alegraba y le deseaba que pasara un rato muy agradable. Luego, al encontrarse en soledad, sentado en el sofacito del departamento, evitando el reloj, se impacientaba y a veces sentía hasta verdadera angustia que, por supuesto, no era óbice para que se trocara súbitamente en excelente amor cuando llegaba su pareja.

Pasaron cuatro cisnes y después un pato que no hacía sino ir picoteando el agua. Las orillas ya estaban limpias. Los barrenderos ahora se dedicaban a recoger basura de los prados. Regresé al embarcadero y acomodé la lancha entre las demás, que se meneaban tranquilamente: juntas: contiguas en lazo de amistad: sin exigir más unión que los golpes secos cuando, al introducir mi lancha, desbaraté por unos momentos el equilibrio ejemplar.

Los adolescentes habían salido ya de las escuelas y alborotaban en todo el bosque, con cierta ingenuidad fingida, con gusto morboso que se tradujo no solamente en el piropo grosero que uno de ellos me dijo, como quien no quiere la cosa, sino también en sus risas, en la manera de caminar, en el clásico pantalón desfajado y, algunas veces, en el cabello largo firmemente dominado por la brillantina.

Tenía mucha hambre. Entré a un restaurante cercano pero la cortesía estereotipada de los empleados, la indiferencia lujosa de un lugar (ojo: no hay simbolismo) donde entra mucha gente, las reglas de higiene repelentemente bien observadas: palillos y popotes en sobrecitos, por ejemplo; el personal uniformado según la jerarquía, los vasos, las servilletas y los adornos de plástico con el distintivo cursi de la empresa: todo esto era bien desagradable. Ni siquiera busqué asiento.

Caminé de regreso al departamento, tranquila, después de tres meses de querer engañar la ausencia con recuerdos; decidí no modificar nada por el momento ni premeditadamente sino así, con el tiempo, conforme naturalmente me fuera apeteciendo. Allí seguiría mi vida, respaldada por un orden que también era tuyo, por una memoria satisfecha.

—¿Satisfecha?

Continuaría las cosas y relaciones que había emprendido. Y buscaría otras. Lo poco que quedaba de ti, del amigo muerto, estaba conmigo y de ninguna manera consentiría en matarlo completamente, del todo. Te dejaría

vivir fresco: como siempre habías sido.

Y conservaría hacia ti esa relación de ambigua independendencia que tanto nos había gustado porque, a fin de cuentas, concluí, más que para mí siempre había vivido (y seguiría haciéndolo) para las personas que había conseguido inventar, adherir a mi propia imagen, en ese mismo cuerpo que más que limitarme me abría al mundo que me rodeaba para buscarme una figura tal vez incoherente y funeraria pero, así y todo, capaz del impulso que siempre he necesitado.

17

—Podían llevarnos más tranquilamente. Siquiera regalarnos un último equilibrio: este zarandeo. . .

— ¡Roberto!

—¿Qué, mujer?

— ¡Tu oreja!

—¿Qué, esto...?

Y ella no pudo gritar. No gritó Su mandíbula, descoyuntada para siempre, se conjugó con esas campanadas —la señal convenida desde el principio del juego— y juntas derrumbaron el paisaje.



ULTIMO TREN A SAN FRANCISCO

Mención

Evodio Escalante Betancourt / Escuela de Derecho de la Universidad

Juárez, Durango

No íbamos a ninguna parte. No, nunca íbamos a ninguna parte. Caminábamos simplemente. Sobre las suelas de la nada, bajo el hule del cielo. ¿Con qué rumbo? A ningún rumbo, sin rumbo. Para llegar a algún lado hay que salir de sí, salir, es la palabra, salir, aunque sea con la ceguera del golpe que se tira de pronto y al vacío, sobre el fantasma de uno mismo, pero salir. Tú y yo no nos abandonamos nunca, siempre fuimos lo mismo: dos corazas de hierro, dos transatlánticos enormes y vacíos, espantosamente vacíos. Nunca salimos. Cuando lo hicimos, jamás nos encontramos. No importa que navegásemos juntos, por la misma banqueta, por la misma calle aterida de un septiembre inaudito. Pesadamente caminábamos, sin rumbo, sin destino, mortificando nuestras vidas; cada quien con sus propias razones, por sus propios motivos. . . Decidimos a mitad de camino que no iríamos al parque. Hasta en esto lograba advertirse cuán difíciles éramos, y cuán distintos. Cuán distintos nos habíamos hecho. Porque yo era tu obra, del mismo modo que tú eras mi obra. “Logras exasperarme”, te dije. ¿Así fue. . .? No lo recuerdo exactamente. Eran momentos de indecisión. Los dos titubeábamos. Al parque no íbamos, y esto era definitivo. Quizá no se tratase de una verdadera indecisión, sino de ese momento opaco y turbio que le precede. Algo que oscilaba extrañamente entre el bochorno y la nada: “Verdaderamente logras exasperarme” —creo que así fue—, y luego seguimos caminando. Ignoro si miraste la punta de un árbol; acaso buscando cuervos. ¿O golondrinas, o mirlos importados? Confieso que no conozco nada del alma femenina. Quizá no mirabas la punta de ningún árbol, ni buscabas tampoco golondrinas o cosas por el estilo. Bien pudo ser que alzaste la mirada tan sólo por pensar en mí, sí, aunque suene extraño, por pensar en mí. Admito que a menudo el cuerpo del hombre es algo tan pesado, tan magnéticamente turbio, que para pensarlo hay que buscar un mínimo de separación, de elemental lejanía. ¿Pensabas en mí? Bueno, en realidad no importa mucho. Lo fatal es que caminábamos sin rumbo. No llevados por la inercia sino cargándola, nosotros mismos, sobre nuestras espaldas, como si se tratase en verdad de dos enormes piedras calendáricas. Sí, lo sabíamos tanto tú como yo: debíamos temer momentos como éste. Los días, el tiempo, todo lo que está detrás se había petrificado y se volvía presente. Me mortificaba sentir que todo esto estaba hecho, que era algo dado ya, un ya inmodificable, imprescindible, eterno. Estábamos condenados a cargar para siempre estas mochilas terribles e infinitas, y que a la vez nos envolvían tiernamente como salvándonos de la destrucción. Cuando al final me miraste, tus ojos delgados y en soslayo, comprendí que no contestarías más, que nada dirías. Materialmente nos hundíamos: el piso era de chi-

cle. Chicle del medio día: caluroso, pastoso, casi la lengua de una hiena. Daba trabajo alzar los pies. Aquel cemento líquido se adhería a los zapatos.

¿Por qué íbamos a sentarnos? ¿Por qué...? Aquí fue donde la ira se me metió en los ojos. Te miré largamente, fijamente, con dureza animal. No te miraba solo: te mirábamos. Desde dentro de mí también miraba un lobo, no sé si un lobo, en fin, un animal rabioso: tú también te llenabas de pelo y te crecía el hocico, lo mismo que a mí. Un hocico negro y rabioso, aunque también, pasivo, extrañamente pasivo, silencioso. En verdad, jamás te dije nada. Exasperado no es ni con mucho la palabra correcta. En fin, por más que no lo fuese, la he utilizado nuevamente. Debías seguirme, es lo que pensaba, aunque no lo dijese. ¿Para qué más explicaciones? ¿y por qué entonces ese gesto mudo y tu silencio como lápida? No te obligué a quererme. Me quisiste por ti sola. Jamás te soborné. Me presenté cual era; hasta en esto fui terco. Insistí en la ingrata tarea de mostrarte todas mis caras, incluso las más ocultas y perversas. Y fui totalitario: quería que me quisieras no por mis apariencias, que me tomases como un todo; que tu amor no creciese sobre la vana y pulida superficie. Me explico, sin concederlo, que haya sido un error.

Trato de comprenderlo. ¿O no sería esto...? Domingo, día de descanso; el viento inmóvil ha perdido los dientes; el sol es un ojo diabólico que ha extraviado su cuenca, y parece buscarla en el vértigo de una desesperante inmovilidad. Cosa rara: el sol me hace pensar, me hace vivir la música; Vivaldi, Juan Sebastián Bach. Los estoy escuchando. Un trozo de Brandemburgo, otro del clavicordio bien temperado. Revueltos, entrecortados. Cosa de maravilla, sí, pero no en cualquier circunstancia. Domingo, día de sol: siento que las notas se derriten dentro de mi cabeza como una nieve de sabores. Las cuerdas del clavicordio, suaves y tenues, casi inexistentes, delicadas y débiles a cuán más, parecen desvanecerse instantánea y fisiológicamente en medio de esta turbación y este calor sanguíneo que las ha propiciado. Es un sol increíble. Incluso por su pesadez, por su talla de cíclope. Te miro y alcanzo a comprender cuán lejos estamos; cuánto irreparable daño nos hemos hecho. Pero no me duele. Más bien estoy sorprendido. Me sorprende no haber imaginado nunca que teníamos que ser así, como ahora somos y estamos, acabados por fuera y por dentro, sin esperanzas de salvarnos. Quise decir algo, pronunciar una frase, expresar de algún modo mi ira contenida. Exasperado no fue bastante. Se me atoraba en la garganta algo más fuerte que cualquier frase o cualquier palabra. Era el silencio, o mejor, una rabia descomunal y biológica, pero torpe y difusa, extraordinariamente difusa, capaz de posarse en cualquier objeto. Y gritaste. Lloraste. Pediste socorro inútilmente. La calle se tragaba esos gritos que no lograban herir sus tímpanos helados, y era lo mismo que si se tragase los gritos de los carros o los aullidos insólitos y horribles que va lanzando, como un rumor, apenas como un rezo, la procesión de los humanos. Y después... ¿fue después? ¿no fue antes? No lo recuerdo bien. Esa noche me rayaste la madre. Lo hiciste en el momento menos indicado. No lo esperaba, es cierto, pero tampoco me afectó. Fue casi como una flor, un piropo.

Y me acordé de mi madre, pero no como querías: mi madre previniéndome contra eso que hacía, deplorándolo de verdad, diciendo que podía secárseme para siempre, irremediablemente para siempre. Y hasta quise hacer uso de ella, con toda violencia, de mi mano pesada y vengativa; pero en realidad estaba o un tanto complacido o un tanto exhausto para hacerlo. De todos modos había que chingarse, había que joderse, lo sabía. Sí, esta era toda la verdad del mundo: una fuerza sobreponiéndose a la otra, dominándola, vencéndola; pero una fuerza tal que se imponía incluso sobre los propios

hombres, sus sujetos, convirtiéndolos en objetos, también en subyugados, en víctimas. Una fuerza irracional y ciega, dijérase ajena al hombre mismo, como si no saliese de él. Yo lo sentía, nítidamente, ancestralmente, lo sentía del mismo modo que he sentido el primer trago de mezcal cuando va resbalando en medio de un raro escalofrío: este tipo de fuerza es el que mueve al mundo. No cualquier otro sino éste, y sin embargo, yo estaba en paz, debes reconocerlo, hasta que, no sé con qué grado de sinceridad, me urgiste a que me apresurara. Me lo habías dicho casi al amanecer, sin pensar las palabras; que acabara pronto. Si no fue así exactamente, total, tampoco quiero llenar con x otro nuevo renglón, al fin es lo mismo. Lo hiciste de toda intención: sabías que ahí me herías. Que ahí dabas en el blanco, o en el negro, como quiera que sea, en ese punto sensible donde se cruzan mis instintos. ¿Cómo montarte pues de nueva cuenta? O mejor dicho, ¿cómo no montarte de nuevo? ¿cómo no seguir ahí empecinado hasta el fin de los tiempos? Y luego también: ¿cómo no reaccionar así, como una bestia enloquecida, como una bestia terca que necesita encontrar en su propia terquedad los límites de una fuerza perdida? Si no por amor, tu deber era permanecer junto a mí por una especie de solidaridad cósmica. Me habías escogido y yo te había escogido. Eramos la pareja, un amasijo, un abrazo de fuerzas. Nos utilizaba un erotismo que nunca fue verdaderamente nuestro, que residía en otra parte, en algún otro lugar. No nos pertenecíamos: lo que se pertenecía eran esas fuerzas tuyas y mías que nos habían brotado lentamente, a través de los años, sin nuestra voluntad y sin nuestra conciencia, hasta anudarse como enredaderas. Un mutuo juego de señas y respuestas las había hecho crecer y buscarse, entrelazarse ciegamente. ¿Por qué negarse pues? Tú no tenías derecho a desgarrarlas. Ni yo tampoco, por más que te confiese que a mí también había llegado a desesperarme el peso agobiante de toda esta historia petrificada. Sin embargo, después de todo, fui paciente, mucho más paciente que tú. Y mucho más terco. No debíamos parar: debíamos seguir en esta tarea que no era la nuestra. Seguir moviéndonos y caminar, aunque fuese así, sin brújula, sin derrotero alguno, sin rumbo qué seguir. Desnudos, enteramente desnudos. Sin utopías ni tierras de promisión. Caminar, caminar, como aztecas absurdos. Condenados a una especie de movimiento perpetuo, sin principio ni fin, a un nomadismo enloquecido, sin el antecedente de un aztlán y sin pretender tampoco un lugar dónde levantar las pirámides de unos dioses en los que definitivamente no creemos. Sólo dos fuerzas físicas al margen de toda idea moral. Unidos totalmente desde el principio de los tiempos hasta el fin de los tiempos. Como el sol y la flor. Como el cristal y el hueso. Lo mismo que un lobo con dos almas, divididos en lo más íntimo, condenados a sufrir un antagonismo innato, a penar para siempre. Así nos hemos buscado entre las sábanas, desde hace mucho tiempo, sin anotar los éxitos. De una manera febril y despidada. Primitivamente, como los primeros hombres que habitaron la América poblada por el hielo. Imagino la cara que pondrías si pudieras leerme ahora el pensamiento, si abrieras ahora los párpados y me captaras los pensamientos. Me regalarías una sonrisa tuya, completamente incrédula. Yo podría pensar que cuando te conocí no la tenías aún. Aunque la tenías de todos modos, porque todo este tiempo no es sino una sola historia: el desarrollo de un embrión, el aborto de un feto que no termina nunca. Sí, ya desde entonces esta búsqueda, ya desde entonces estas salidas con estrépito; las insomnes jaurías que mutuamente desatamos con la vieja consigna de buscarse, encontrarse y luego devorarse, sin rastro de piedad, hasta que el último cráneo rodase con los ojos danzantes y perdidos. Sí, esta es nuestra historia. Me muevo encima de ti. Me muevo nuevamente. Desde el principio. Soy un taladro biológico; eres la tierra que me abraza. Nuestra historia, la nuestra,

pero con una variante: nos buscamos y nos devoramos sin piedad, pero jamás nos encontramos. Mírame, debes abrir los párpados y mirarme, así, de frente, sin miedo. ¿Este odio no es también otro rostro de la ternura. . .? Salimos, creemos que salimos. Desesperadamente queremos encontrarnos. Quizá tan sólo lo creemos. En fin, bien puede ser el último, el último de los abrazos. Hay que vivirlo plenamente, con verdaderas ansias de eternidad. Cuando cualquiera de los dos esté en posibilidad de saberlo, será ya muy tarde. Sólo existe el presente. O el instante tardío. Los cuerpos están unidos. Y los pechos. Los pechos: ligeramente saltan y se estremecen como dos mariposas que tienen frío. Nadie ha salido de sí. Nadie se encuentra. Sólo dos puertas que coinciden y se abren al unísono, como una sola puerta, mostrando la doble cara del vacío.

Siendo
Director General de Publicaciones
Jorge Gurría Lacroix
se terminó la impresión
de *Punto de Partida* 23-24
el día 22 de octubre de 1971
La tipografía se hizo con
Bodoni 12:13, Baskerville 11:12
Se tiraron 2 000 ejemplares

PUNTO DE PARTIDA

Revista bimestral

Año IV

Dirección: Eugenia Revueltas

Jefe de redacción: Luz María Hidalgo

Índice de colaboradores

CUENTO	Núm.	Pág.
Arellano López, Jaime. <i>Comadre Juana</i>	20	45
Ariceaga, Alejandro. <i>La otra gente</i>	21	22
Blanco, Joaquín. <i>Metamorfosis</i>	20	49
<i>Después del juego</i>	23-24	
Clark, Ricardo G. <i>El teniente no ha muerto</i>	23-24	
Delgado, Antonio. <i>José Destino</i>	22	26
Escalante Betancourt, Evodio. <i>El último tren a San Francisco</i>	23-24	
Farill, Manuel. <i>Tranquilamente, sin prisas</i>	20	52
Gaona de Tejera, Eugenia. <i>La búsqueda</i>	22	33
González, Emiliano. <i>El caballero, la muerte y el diablo</i>	20	54
Monsreal, Agustín. <i>Me llamo Eduardo</i>	21	20
Rodríguez, Luis. <i>Nodriza espacial</i>	23-24	
Rojo, Lucía. <i>El aprendiz</i>	23-24	
Sabugal Machaen, Paulino. <i>Los amigos</i>	22	24
Virchez, Alfonso. <i>Orficio</i>	21	26
Zurita, César Eugenio. <i>Ovulos</i>	20	57

ENSAYO

Avila Storer, José Luis. <i>Resumen y crítica de idea y experiencia de América</i>	20	15
Campos, Marco Antonio. <i>Dispersiones</i>	19	32
Cárdenas Magro, Antonio. <i>Resumen y crítica de idea y experiencia de América</i>	20	15
Castañeda Montañez, Luis. <i>Resumen y crítica de IDEA Y EXPERIENCIA DE AMERICA</i>	20	15
Connaughton, Brian F. <i>Resumen y crítica de idea y experiencia de América</i>	20	15
Coronado, Juan. <i>La muerte en Venecia</i>	20	4
Del Moral, Fernando. <i>Mito: lo que realmente DICE</i>	19	13
Durán, Francisco. <i>Rosencratz y Guildenstern o el reencuentro con la muerte</i>	21	8
Hernández Rendón, Juan. <i>Resumen y crítica de idea y experiencia de América</i>	20	15
Marentes, Pablo. <i>La Universidad: paradoja y dilema</i>	21	3
Medin, Tzvi. <i>El socialismo y la espontaneidad de las masas según los escritos y discursos de</i>		

Ernesto "Che" Guevara	21	12
Menéndez Garza, Fernando M. <i>El Movimiento Estudiantil de 1968</i>	22	8
Nava, Lucinda. <i>La imagen del hombre en "El señor de las moscas" y "Los herederos"</i>	21	17
Salazar, Rosa María. <i>Xavier Villaurrutia</i>	19	39
Seligson Nisenbaum, Jack. <i>Zardusht</i>	19	3
Selva Pérez, Beatriz de la. <i>Imagen, objeto, palabra y otros juicios sobre "Los peces"</i>	22	3
de Sergio Fernández		

POESIA

Alba, Alfonso. <i>A plena luz</i>	23-24	
Andrade, Arturo. <i>Luz de muchacho</i>	21	35
Armand, Octavio. <i>Burgeois sea</i>	21	40
Cabrera, René. <i>Selección de textos de "taller de poesía de Punto de Partida"</i>	20	31
Campos, Marco Antonio. <i>Poemas</i>	22	12
Selección de textos de "taller de Poesía de Punto de Partida"	20	31
Cendejas, Alejandro. <i>Selección de textos del "taller de poesía de Punto de Partida"</i>	20	31
Díaz Ruiz, Ignacio. <i>Poemas</i>	21	28
Enamorado, Virgilio. <i>En el agua de los caracolillos</i>	23-24	
Flores, Miguel Angel. <i>Nostalgias del país lejano</i>	23-24	
Flores Ramírez, Miguel. <i>Poemas</i>	22	14
Grajales, Juan David. <i>Ayer me fui contigo. . .</i>	21	41
Islas Marín, Irma. <i>Poemas</i>	22	21
Jiménez, Arturo. <i>Selección de textos de "taller de poesía de Punto de Partida"</i>	20	31
Lorentzen, Irma Judith. <i>Semilla y esperanza</i>	23-24	
Merodio Tamés, Ma. del Carmen. <i>Poemas</i>	23-24	
Meza Pérez, Antonio. <i>La vivencia amorosa</i>	21	31
Muñoz Velasco, Marco. <i>Recordatorio para ciegos</i>	23-24	
Nieto, Manuel O. <i>Poemas</i>	22	18
Olea, Héctor. <i>Selección de textos de "taller de poesía de Punto de Partida"</i>	20	31
Orozco Mosqueda, I. <i>Amor</i>	21	42
Quiñones Arámburo, Eliseo. <i>Lotería y variación sobre un tema de Brecht</i>	21	34
Ramírez, Livio. <i>Selección de textos de "taller de poesía de Punto de Partida"</i>	20	31
Raygadas Trejo, Angel. <i>Aún hay demasiada realidad en lo soñado. Anfisbena</i>	21	39
Reivan Femore Justen. <i>Historia</i>	21	37
La caja		
Roa, Ariel. <i>Selección de textos de "taller de poesía de Punto de Partida"</i>	21	38
Sampedro, José de Jesús. <i>Estación Juanacatlán</i>	20	31
Niebla: El porvenir	23-24	

literario; <i>La mujer</i> ; <i>De pronto una calle a las 12 p.m.</i> ; <i>Cada vez más vaga</i> ; <i>La ciudad</i>	20	40
Santos, Eduardo. <i>Selección de textos de "taller de poesía de Punto de Partida"</i>	20	31
Taibo, Paco Ignacio. <i>Notas sueltas sobre el proceso de elaboración de El año del reflujo. Libro colectivo de la joven poesía mexicana</i>	20	27
<i>Selección de textos de "taller de poesía de Punto de Partida"</i>	20	31
Tavira, Luis de. <i>Coloquios con la soledad. Sin haberme ido nunca</i>	23-24	
	22	16
Velázquez, Gerardo. <i>A una Elva siempre impuntual</i>	23-24	
Walti, Karlos. <i>Selección de textos de "taller de poesía de Punto de Partida"</i>	20	31
Yáñez López, Ricardo. <i>El girasol</i>	23-24	

VARIA INVENCION

Benllivre B., José Luis. <i>La noche borra la arena</i>	19	59
Campos, Marco Antonio. <i>Una tarde en Roscoff con Tristán Corbiere</i>	22	35
Crespo Pérez, Alejandro. <i>Los sueños sueños son</i>	19	46
Frías Robles, Alejandro. <i>Imágenes</i>	22	37
Ledesma Núñez, Hugo. <i>Dúo</i>	19	52
Monsreal, Agustín. <i>A y Z</i>	19	56
Paz Paredes, Yamilé. <i>Variaciones sobre el capítulo 7. Eso tampoco importa</i>	19	64
Vallejo, Mario. <i>Invenciones</i>	21	44
Zanatta Tress, Vicente. <i>Sobre el Atlántico</i>	21	51

VIÑETAS

Adrián y Bl'udas	22
Carbajal Rejón, Miguel Angel	19
Castro, Guadalupe	21
Del Moral, Fernando	19
Newman, José	21
Paco	20
Seligson Nisenbaum, Jack	19
Vázquez, Manuel	20

LIBROS

Aguirre Jaramillo, Mariano. <i>Lucio Mendieta</i>		
Núñez, "Sociología del poder"	21	61
Angeles Angeles, Luis. <i>Eldrige Cleaver "Alma encadenada"</i> . Octavio Paz. "Posdata"	21	59
Ifigenia M. de Navarrete. "La mujer y los derechos sociales"	22	39
<i>Subdesarrollo y revolución</i>	20	64
Gómez España, Marta. <i>Luis Martín Santos, "Tiempo de silencio"</i>	21	63
Méndez, José Carlos. <i>Susan Sontag, "Viaje a Hanoi"</i>	21	62
Ruenes Meza, Ma. Dolores. <i>Bestiario</i>	20	65

RESEÑAS Y ENTREVISTAS

Arellanes, Anselmo. <i>Conversando con el licenciado Luis Gutiérrez Santos</i>	21	55
Beverido, Francisco. <i>Arte y arquitectura</i>	21	53
Figueroa, Enrique. <i>Midnight cowboy y la corrupción social</i>	21	57
Pérez Luna, Elizabeth. <i>Las bicicletas de Vietnam</i>	20	62
Trejo, Laura. <i>Angel González</i>	20	59

SUPLEMENTO DE ARTE DRAMATICO EL NAHUAL

Suplemento de Arte Dramático. <i>El Nahual</i>		
Ballesté, Enrique. <i>Ritual de Estío (fragmento)</i>	21(2)	3
Cruz, Mercedes de la. <i>Las falsas confidencias</i>	22(3)	5
Díaz Mercado, Mario. <i>Dialéctica</i>	22(3)	7
Enríquez, José Ramón. <i>Nueva generación de la dramaturgia mexicana ja-ja-ja</i>	21(2)	7
Fernández Font, Fernando. <i>Prólogo a Marat-Sade por Peter Brooks. (Traducción)</i>		
García Huerta, José Angel. <i>La competencia (o de quien lo provoca)</i>	22(3)	11
Mendoza, Héctor; Ibáñez, José Luis; Sabido, Miguel; López Mirnau, Rafael. <i>Los directores</i>	21(2)	2
Ríos, Teodoro. <i>Zaratustra de Alejandro Jodorowsky</i>	22(3)	2
Tavira, Luis de. <i>La ceremonia de un reencuentro</i>	20(2)	7
<i>Mesa de opiniones (entrevista)</i>	21(2)	10
<i>Una civilización sin verdad y un teatro sin crítica (tragedia en un preámbulo y una salida a escena)</i>	20(1)	4
	20(1)	2
